EL TEATRO

COLECCIÓN DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS.

EL SENTIDO COMUN

COMEDIA DRAMÁTICA

EN TRES ACTOS Y EN VERSO

ORIGINAL DE

RAFAEL TORROMÉ Y ROS

MADRID
FLORENCIO FISCOWICH, EDITOR
(Sucesor de Hijos de A. Gullón.)
PEZ, 40.—OFICINAS: POZAS,—2—2.

1890

EL SENTIDO COMÚN

COMEDIA DRÁMATICA

EN TRES ACTOS Y EN VERSO

ORIGINAL DE

RAFAEL TORROMÉ Y ROS

Estrenada con extraordinario éxito en el TEATRO ESPAÑOL la noche del 6 de Febrero de 1890.

MADRID
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ
ATOCHA, 100, PRINCIPAL

1890

PERSONAJES		ACTORES
ISABEL	SRTA.	CALDERÓN.
LUCÍA	SRA.	GUILLÉN.
LUISA	»	CASAS.
RAFAEL	DON	RICARDO CALVO.
DON RAMÓN	»	DONATO JIMÉNEZ.
EUGENIO	»	JULIÁN ROMEA.
DON TEODORO	»	JOSÉ PÉREZ.
MIGUELÓN	»	FERNANDO CALVO.
CRIADO 1.°	»	JUAN VARELA.
CRIADO 2.°	»	LÓPEZ JIMÉNEZ.

La acción ocurre en nuestros días, y en Madrid.

A LA MEMORIA

DEL EXCMO. SEÑOR

D. EDUARDO GASSET Y ARTIME

Recuerdo de gratitud de

El Autor.

ACTO PRIMERO

Sala decentemente amueblada, pero no lujosa; en las paredes y sobre la chimenea objetos artísticos, pero de excaso valor. Esta habitación representa la sala de recibir en casa de Rafaal, cuyas condiciones puede ver el primer actor con la lectura de la obra y añadir por tanto al decorado lo que crea que le es más propio. Es indispensable que haya puertas laterales y una al foro, así como una ventana en segundo término, izquierda (del actor) y un costurero junto á ella. También un sofá, un entredós, un espejo, cortinas en los balcones, etc., etc.

ESCENA PRIMERA

MIGUELÓN, LUISA é ISABEL dentro.

Luisa aparece próxima á la primera puerta de la izquierda, por donde se oye la voz de Isabel.

ISABEL. Soy con vosotros, Luisa.
LUISA. Espera. (Á Miguelón, indicándole que se siente.)
MIG. No puede ser;
ya sabes que mi deber
me reclama; me precisa
ir á la junta.
LUISA. Te digo
que dejes esos belenes;

tú eres casado y ya tienes
bastante junta conmigo.

MIG. ¿Cómo voy á prescindir
de mi palabra empeñada,
si está la junta citada
y la debo presidir?
Hoy el comité central
tiene abierta discusión,
sobre la Constitución,
el sufragio universal,
el matrimonio, el jurado,
el cambio, el papel dinero,
los municipios, el clero
y las cuentas del Estado.

LUISA. ¡Esto de la raya pasa!

MIG. Que todavía repliques...

LUISA. Vale más que te dediques
á las cuentas de tu casa;
que cuando apremie el casero
con el recibo mensual,
ese comité central
no nos prestará el dinero.

MIG. El país...

LUISA. ¡Qué calles te digo!

MIG. Exige al patricio honrado...

LUISA. Pero, ¿con quién te has casado,
con el país ó conmigo?

MIG. Es que tampoco á Rafael
quiero hablar.

LUISA. Pero... ¿qué pasa?

MIG. Que me hallo mal en la casa
de un farsante como él.

LUISA. Pues..., ¿qué?...

MIG. Ayer sus convicciones
mostró con sinceridad,
y hoy su propia utilidad
le inspira las opiniones.

LUISA. En cambio, es un hombre serio,
se roza con gente grave.

MIG. (Con menosprecio.)
Hoy es un burgués, que sabe
escalar un Ministerio.

Ya le aniquila el marasmo,
prematura senectud,
de esta nueva juventud
que vive sin entusiasmo;
que es sensata á la manera
que hoy la sensatéz se entiende,
y hoy es sensato quien vende
su honor por una cartera.
De su tío don Teodoro,
la sagáz predicación,
fué motivo y ocasión
de este cambio que deploro.
Le ha inspirado un sensualismo
juicioso, pues vive atento
á que sea el pensamiento
brújula del egoísmo.
Y hoy desecha el ideal,
aun cuando esteril, hermoso,
del corazón generoso
que ama el bien y que odia el mal;
por tomar la charla vana
de un sofista enredador,
y al fin ser... gobernador
de Castellón de la Plana.

LUISA. ¡Qué te importa, mentecato!
Puede oirte.

MIG. Me desespera,
que aquel águila altanera
se haya convertido en... pato.

LUISA. ¿Y tú?

MIG. ¿Yo?...

LUISA. Un hombre sencillo,
con humos de destructor,
y no fumas, por temor
á encender un cigarrillo.

MIG. ¡Luisa... Luisa!
(Levanta el puño, ella lo desafía con la mirada, y él se reporta en el acto.)

LUISA. Dí, ¿qué quieres?

MIG. (Sentenciosamente.) Es más noble perdonar...

LUISA. ¡Ah, qué afán de aparentar
lo contrario de lo que eres!

MIG. Pero, ¿voy ó no?

LUISA. No quiero.

MIG. Piensa que...

LUISA. Hemos concluído.

MIG. (Ap.) Yo, que llevaba aprendido
un discurso contra el clero.

ESCENA II

DICHOS é ISABEL

ISABEL. (Abrazando á Luisa.)
¡Gracias á Dios, descastada!
¿Conque por fin llegó el día
de visitarme?..,

LUISA. Hija mía...
Ya ves... la mujer casada...

MIG. (Ap.) ¡Qué frescura!

LUISA. No he podido
satisfacer el deseo
de verte, hasta hoy.

ISABEL. No te creo.

LUISA. ¿Y Rafael?

ISABEL. Ha salido.

(Miguelón saca el reloj y mira la hora.)

ISABEL. (Á Miguelón.)
¿Ya tiene usted prisa?

LUISA. Quiere
dejarme para asistir
á una junta.

MIG. Debo ir...

LUISA. Pues bien, que la junta espere.

ISABEL. (Dale asueto.) (Aparte á Luisa.)

LUISA. Mas...

ISABEL. (Las dos
en tanto hablamos.)

MIG. ¿Voy?

LUISA. Sí.
Ven luégo á buscarme.

MIG. ¿Aquí?

LUISA. Ó á casa de Paca.

MIG. (Á Isabel.) Adiós.

ISABEL. Páselo bien, Miguelón.
LUISA. No me olvides, que te espero.
MIG. (Cogiendo el sombrero y saliendo precipitadamente.)
¡Si ya han discutido al clero,
renuevo la discusión!

ESCENA III

LUISA é ISABEL

ISABEL. Miguelón es bondadoso
y dócil.
LUISA. Psht, mi marido
es un ángel sin sentido
común.
ISABEL. Pero, ya es tu esposo.
LUISA. Y tú, ¿cuándo has de lograr
casarte con...
ISABEL. Aún lo ignoro.
Por lo mismo que le adoro...
LUISA. ¡Qué!
ISABEL. No me puedo enlazar
á Rafael.
LUISA. No lo concibo.
ISABEL. Legitimando esta unión,
él pierde la protección
de don Teodoro, y le privo
de su fortuna; en conciencia
él es mío y suya soy;
mas... si la mano le doy,
con ella robo su herencia;
porque el tío dice ahora,
que á tal punto hemos venido,
que ya de ser mi marido
su sobrino se desdora.
¿Qué hacer? (Resignadamente.)
LUISA. Sería más puro
legitimado tu amor.
ISABEL. ¡Si pudiera ser mayor!...
LUISA. Á lo menos más seguro.
ISABEL. ¿Temes?...

LUISA. Procura insistir...
ISABEL. Ya te he dicho que no debo
hacerlo: es más, no me atrevo.
¿Qué le pudiera exigir
cuando ha sido en mi orfandad
mi escudo y mi protector?
Por eso, nació mi amor
de gratitud y amistad.
De suerte, que me inundaba
el corazón de alegría,
más que el bien que recibía,
la mano que lo brindaba.
Y así brotó mi pasión
con tal expontaneidad,
que antes que mi voluntad
lo supo mi corazón.
LUISA. Pero esta vida insensata
no te ofrece garantía.
ISABEL. El amor...
LUISA. En él se fía,
pero además se contrata.
ISABEL. Si el cariño se entibió,
el contrato es baladí.
LUISA. Para el espíritu, sí,
para el estómago, no.
ISABEL. ¿Y pretendes que yo fuera
tan aleve y fementida,
que hiciese un medio de vida
de lo que es mi vida entera?
¡Ah... no! (Con repugnancia.)
LUISA. Las gentes...
ISABEL. Desprecio
á las gentes.
LUISA. ¡Qué!
ISABEL. Me excluyo
de entre ellas; de lo que es suyo
me aparto; lo menosprecio.
LUISA. ¡Cuánta locura! Y ¿tú eres
la que sufrió desengaños?
ISABEL. ¿Por qué...?
LUISA. Á los veintitrés años
no hablan así las mujeres.

No dudes que á mi marido
le quiero; pero de un modo
razonable, yo ante todo
soy mujer de buen sentido.
Tu extremada candidéz
aparentarla conviene;
sentirla, no.

ISABEL. No se aviene
con mi amor tanta dobléz. (Pausa.)

ESCENA IV

DICHOS y RAFAEL

RAFAEL. ¡Oh, Luisa, usted por acá!
LUISA Sí, pero ya me despido.
ISABEL. ¡Qué! ¿Tan pronto?...
LUISA. Mi marido...
ISABEL. Le citaste aquí... ¡Vendrá!
LUISA. Paca me espera.
ISABEL. Después...
LUISA. No me ruegues, que es en vano.
(Luisa é Isabel se besan, y suben hacia el foro.)
RAFAEL. Adiós. (Desde el proscenio y á Luisa.)
LUISA. (Mirando á Rafael.)
(Ap.) Ni aun me da la mano.
Ya es otro. ¡Qué descortés!
(Mutis por el foro.)

ESCENA V

RAFAEL é ISABEL

ISABEL. Oye.
RAFAEL. ¿Qué?
ISABEL. ¿Comes conmigo?
RAFAEL. No.
ISABEL. ¡No! ¡Lo mismo que ayer!
RAFAEL. Me ví obligado á acceder
á los ruegos de un amigo.
ISABEL. ¡Bah!
RAFAEL. Me ha invitado á un banquete

del que no debo excusarme.

ISABEL. Pero, ¿te duele dejarme?

RAFAEL. ¿Quién lo duda?

ISABEL. (Con cariño.) Entonces vete.

(Breve pausa. Rafael hace medio mutis y ella le detiene.)

¿Y te invita?...

RAFAEL. Un consejero.

ISABEL. ¿Persona influyente?

RAFAEL. Es claro.

ISABEL. ¡Ya medras!

RAFAEL. Si de él me amparo
conseguiré cuanto quiero.

ISABEL. ¡Ay, Rafael!

RAFAEL. ¿Qué tienes? dí.

ISABEL. Celos del bien que deseas,
pues las horas que le empleas
las quisiera para mí.

RAFAEL. Hija... es un deber... yo siento...
(Breve pausa.) ¿Y mi tío?

ISABEL. No ha venido.
Ese es otro, decidido
á no dejarte un momento
en paz.

RAFAEL. No le quieres bien.

ISABEL. Es verdad, y no le escondo
mi antipatía; respondo
como debo á su desdén.

RAFAEL. Pero...

ISABEL. Enciende mi rubor
su frase dura y grosera.
Me habla como hablar pudiera
á una mujer sin pudor.

RAFAEL, ¿Quién? Don Teodoro. ¡Imposible!
(Con amargura.)

ISABEL. No creí que lo dudaras.

RAFAEL. Cuando tú misma declaras
que le aborreces, ¿no es creíble
que si del odio te dejas
guiar... veas?...

ISABEL. Lo que llego
á ver claro, es el despego

conque recibes mis quejas.
Me desdeñas.

RAFAEL. Yo... jamás.

ISABEL. Y á él lo ensalzas.

RAFAEL. ¡Qué locura!
De mi amor vive segura,
y desprecia lo demás.

ISABEL. Ya ves que no te constriño
á que tu ambición moderes;
aunque temo que prefieras
tu ambición á mi cariño.

RAFAEL. No es verdad.

ISABEL. Pues siendo así,
con tu halago, haz que yo crea,
al menos cuando te vea,
que me prefieres á mí. (Se abrazan.)

ESCENA VI

DICHOS y EUGENIO

EUG. (Al verlos abrazados.)
¡Ah! perdón. (Medio mutis.)

RAFAEL. Oye...

EUG. No quiero
molestar...

RAFAEL. Escucha, ven.

EUG. Cuando dos se abrazan bien,
está demás un tercero.

ISABEL. Me retiro.
(Eugenio la saluda con una inclinación de cabeza.)

EUG. Es adorable.

ESCENA VII

RAFAEL y EUGENIO

EUG. Te envidio.

RAFAEL. ¡Tú!

EUG. ¿No concibes
que te envidie, cuando vives
con mujer tan envidiable?

RAFAEL. ¡Qué me importa, si me apena
verme obscuro y olvidado,
y á tan miserable estado
esa infelíz me encadena!
Ó pierdo la protección
de mi tío, ó á Isabel
abandono.

EUG. Rafael,
atiende á tu posición
primero.

RAFAEL. Fué dulce y suave
mi existencia, cual la obtiene
el que se ciñe y se aviene
á la suerte que le cabe.
Descuidado y venturoso
con Isabel, viví atento
á la voz del sentimiento
más que al juicio cauteloso.
Y hoy la paz de mis sentidos
don Teodoro desconcierta,
y en mi corazón despierta
los ideales dormidos.
La familia, el fructuoso
vivir de aquel que persigue
su propio aumento, y consigue
dulce vida y nombre honroso.
Pero, viviendo ligado
á tan humilde mujer,
que ni á mi puede ascender
ni yo bajar á su estado,
tan distinto de ella yo,
que aun amándola, confieso,
que puede unirnos un beso,
pero un pensamiento, no
¿Darle mi nombre, no fuera
malograr mi juventud?...
y aunque á esto por su virtud
ó por mi amor accediera,
¿cómo esperar comedida
admisión ó acogimiento
del gran mundo, si presento
á la qué fué mi querida?...

EUG. En el *gran* mundo hay también
lo que en este mundo... *chico*.
Es más, Rafael, siendo rico,
si tuvieras un... belén,
era un lujo. La cuestión,
es que si unido prosigues
á tu amada, no consigues
la esplendida protección
de tu tio.

RAFAEL. Hay más...

EUG. No...

RAFAEL. Sí.

EUG. Pero, ¿qué más ha de haber
cuando te arruinas?

RAFAEL. Perder
mi sosiego.

EUG. Es baladí
tal reparo.

RAFAEL. No me guía
un egoísmo vulgar.

EUG. Lo sé.

RAFAEL. Pretendo amparar
á Isabel.

EUG. Lo suponia.
Mas no juzgo natural
que tu tío esté pagando
tus vicios y acrecentando
tu ruina con su caudal.
Y, pues anhela el buen viejo
protejerte más aún,
ten ya sentido común
y respeta su consejo.

RAFAEL. ¡Basta!
(Lo restante de esta escena lo dirán los actores con cierto misterio justificado, por el temor de que Isabel advierta lo que hablan. Pausa.)

EUG. ¿Y tu novia?

RAFAEL. ¿Has sabido?...

EUG. Sí.

RAFAEL. ¿Por quién?

EUG. Por don Teodoro.
¿Cuándo es la boda?

RAFAEL. Lo ignoro.
EUG. ¿Todavía no has pedido
su mano?
RAFAEL. No.
EUG. Te conviene.
RAFAEL. ¿La conoces?
EUG. Lo esencial
conozco.
RAFAEL. ¿Cómo?
EUG. El caudal.
Si don Teodoro interviene,
es cosa hecha. ¿Vas allí
como amigo?
RAFAEL. Por ahora...
EUG. Y ¿el padre?...
RAFAEL. Todo lo ignora.
EUG. Y ¿amas á Lucía?
RAFAEL. Sí.
No es el amor que enardece
el alma, el que me ha inspirado,
si no aquel fuego templado
que ni mengua ni decrece;
que este amor que eterno vive
no es una llama violenta,
le basta el calor que alienta
el pecho que lo concibe.
EUG. Ya comprendo: amor con tasa,
morigerado, tranquilo,
que está en el pecho á pupilo
y en el cerebro en su casa.
RAFAEL. Eso no: amor que rebosa
honesto y grato placer,
digno de quien puede ser
mi amiga al par que mi esposa

ESCENA VIII

RAFAEL, EUGENIO y DON TEODORO

EUG. ¡Don Teodoro! (Á Rafael.)
TEOD. (Á Eugenio.) ¡Ola! ¿Usted viene
por aquí?

EUG. Si hay conferencia
y estorbo...

TEOD. No, su presencia
es oportuna, y conviene,
supuesto que le he enterado...

RAFAEL. ¿Qué ocurre?

TEOD. Te vengo á hablar,
porque ya es fuerza tomar
un rumbo determinado.

RAFAEL. ¿Pues... qué?...

TEOD. El padre de Lucía
sabe que la amas; de suerte,
que ya debes precaverte
contra el daño que vendría
de que él descubra que escondes
en tu casa una mujer
que es tu amante.

RAFAEL. Y ¿qué he de hacer?

EUG. Huir de ella.

TEOD. ¿No respondes?

RAFAEL. A quien otorgué mi apoyo,
y fué vida de mi hogar,
hoy no la puedo arrojar
como un harapo al arroyo.
Verdad, que en nuestros amores
tal insconciencia tuvimos,
que los dos, y á un tiempo, fuimos
vencidos y vencedores;
mas si en ella es deshonor
lo que es ligereza en mí,
puesto que menos perdí,
es mi obligación mayor.

TEOD. Y ¿esa mujer es el premio
que un hombre cual tú merece?

EUG. Pero, ¿Isabel, qué te ofrece?
¡Esta vida de bohemio!

TEOD. ¿Crees que no te desdora,
y que ser tuya pudiera
la hija de una aventurera?...

RAFAEL. Calle usted, ella lo ignora.

TEOD. Te he mostrado el buen camino,
aun cuando no le prefieres,

por nuestro nombre, pues tú eres
mi heredero y mi sobrino.
Y al ver que á mi dirección
permanecías atento,
preparé tu casamiento
con la hija de don Ramón.
Y vale un mundo Lucía.

EUG. Es más, si no le valiera,
mientras un padre tuviera
como el suyo lo valdría.

TEOD. Pero, al ver tus resistencias
á desechar tus locuras,
viendo, en fin, que ni aun te curas
de cubrir las apariencias,
señal de que no es probable
que yo pueda conducirte
por mi senda y convertirte
en un hombre razonable.
Ya que no tienes ningún
comedimiento y mesura,
falto de toda cordura
y de sentido común,
prosigue como hasta aquí
en el loco desconcierto
de tu vida, y ten por cierto
que no existes para mí. (Medio mutis.)

RAFAEL. Oiga usted..

EUG. (Aparte á él.) ¿Qué te amedrenta?

RAFAEL. ¡Si acepto!

TEOD. Pues, ¿qué te asusta?

RAFAEL. Yo...

TEOD. Comprendo, te disgusta
una explicación violenta.

RAFAEL. No me aparto de Isabel,
si usted no alivia conmigo
la penuria á que lo obligo
con mi abandono crüel.

TEOD. Si no la amas, ¿qué aflicción
puede darte su indigencia?

RAFAEL. Que al grito de mi conciencia
despierte mi corazón.

TEOD. Las locuras juveniles

no turban después la calma.

EUG. Son... nubecillas del alma.

RAFAEL. Es cierto, en las almas viles.

TEOD. Aún tienes la insensatéz
del bohemio.

EUG. ¡El idealismo!

TEOD. ¡Desecha el romanticismo,
y contempla de una vez
la vida práctica. Tanto
sentimiento, no conviene
á un hombre!

RAFAEL. ¡Si ella no tiene
más defensa que su llanto!

EUG. Eso en la mujer es fruto
productivo...

RAFAEL. ¡Qué!

TEOD. Ten seso,
deja que se cuíde de eso
otro...

RAFAEL. ¿Quién?

TEOD. Tu sustituto.

RAFAEL. No es liviana.

TEOD. ¿Todavía
no es liviana?

RAFAEL. ¡Cómo!

TEOD. Espera.

RAFAEL. ¡La injuria usted!

EUG. ¡Qué quimera!

TEOD. ¿La amas?

RAFAEL. No, que amo á Lucía.
Brotan nuevas ilusiones
en mi espíritu, y advierto
que tengo mi pecho abierto
á más nobles ambiciones.

ESCENA IX

DICHOS é ISABEL

Desde la primera puerta de la izquierda, Isabel se dirige al costurero colocado junto á una ventana cerca del foro; allí aparenta que busca algún objeto. Al poco rato Eugenio llega hasta ella para dar ocasión á que Rafael y don Teodoro continúen hablando.

TEOD. Calla. (Aparte á Rafael, viendo que entra Isabel.)
Pausa breve.)
ISABEL. (Aparte.) El recelo me acosa,
algo me oculta.
TEOD. (Ap. á Rafael.) Acabemos.
¿Qué deseas?
RAFAEL. Que amparemos
su orfandad.
TEOD. Si no es gravosa
la obligación que me impones...
RAFAEL. No señor, lo indispensable
para...
TEOD. Basta, no se hable
más de esto; de mí dispones.
(Rafael se vuelve, inquieto, á mirar á Isabel; en tanto Eugenio se acerca á don Teodoro y le habla aparte.)
EUG. ¿Y de mí, está satisfecho?
TEOD. Bastante.
EUG. En usted confío.
TEOD. Sí, que usted, amigo mío,
es un joven de provecho.
(Rafael se aproxima á Isabel y habla con ella aparte.)
EUG. ¿La ampara? (Señalando á Isabel.)
TEOD. Quiere ese loco
que le dé mi protección.
Al fin y al cabo es acción
que honra mucho.
EUG. Y cuesta poco.
Es buena. (Señalando á Isabel.)
TEOD. Como querida...

oculta; mas mi sobrino
ya se hallaba en el camino
de darle el nombre y la vida.

EUG. Claro.

TEOD. Sus desenvolturas
es, en fin, lo que reprendo;
porque en el fondo, comprendo
y aun disculpo sus locuras.

RAFAEL. (Á Isabel en el foro izquierda y en voz baja.)
Pronto regreso.

ISABEL. ¿Y te vas?...

RAFAEL. Hoy; el lunes volveré.

ISABEL. ¿Qué causa?...

RAFAEL. Ya te diré...

ISABEL. Pero...

RAFAEL. Todo lo sabrás.
(Le conduce hasta la primera puerta de la izquierda, por donde salió.)

ISABEL. ¡Ay, Rafael! (Hace mutis.)

TEOD. Los dos venid
luégo á casa. ¿Estás dispuesto?

RAFAEL. Á todo.

TEOD. Dale un pretexto
para salir de Madrid.
Y no dejes ni un papel
que pueda comprometerte;
que ya es ocasión de hacerte
hombre sensato, Rafael.

EUG. ¡Qué tacto!... (Aparte.)

RAFAEL. (Aparte.) No sé qué siento.

TEOD. (Coge el sombrero y estrecha la mano á Rafael.)
No faltes y ten valor.

EUG. Don Teodoro...
(Le da la mano y le acompaña hasta la puerta del foro.)

RAFAEL. (Aparte.) Hasta mi amor
me sabe á remordimiento.
(Mutis don Teodoro por el foro.)

EUG. ¿La has prevenido?

RAFAEL. Le hablé
hace un instante; la dije
que hoy me ausentaba...

EUG. Esto exige
mucha prudencia.
RAFAEL. Lo sé. (Breve pausa.)
EUG. ¿Por qué causa permaneces
abatido y triste ahora,
que ves despuntar la aurora
de las dichas que apeteces?
RAFAEL. Ni aun yo mismo puedo hallar
el origen.
EUG. Pues es llano:
sientes lo que el aldeano
cuando abandona el lugar;
besando á su madre anciana
la mano rugosa y seca,
que de tanto hilar la rueca,
trasciende á copo de lana.
La atracción irresistible
del medio ambiente, el temor
á lo nuevo y el amor
á esa mujer.
RAFAEL. Es posible.
EUG. Abandona tus temores
de lugareño; la vida
del gran mundo te convida
á gozar triunfos mayores.
Lograrás la venerable
holganza, y has de aprender
á estornudar y á toser
de un modo más respetable.
Todos buscarán tu halago
comedidos y corteses,
y hablarás á tus ingleses
como quien dice: «Yo pago:
soy señor de horca y cuchillo;
es mi estado mi riqueza,
mis rentas mi fortaleza
y mi escudo mi bolsillo.»
Que al poder que más halaga
todo el mundo se doblega.
Y hoy no triunfa quien más pega
sino aquel que mejor paga.
RAFAEL. ¡Calla!

EUG. Tu debilidad
vale menos que el deseo
de encontrar mejor empleo
á tus dotes.

RAFAEL. Es verdad;
pero ya que me despido
de aquello que fué mi encanto,
deja que temple mi llanto
la ingratitud de mi olvido.

ESCENA X

DICHOS, ISABEL, é inmediatamente CRIADO 1.º

Cuando aparece Isabel, Eugenio hace una seña á Rafael para que lo advierta; él cambia de actitud y procura aparentar cierta naturalidad é indiferencia. Isabel se percata de todo.

ISABEL. (Ap.) Se oculta de mí.
(Á Rafael.) Quisiera
hablarte, mas si ocupado
estás...

CRIADO. (En el foro.) Señor, ha llegado
un caballero y espera.

EUG. (Ap. á Rafael.) ¿Te dejo?

RAFAEL. (Idem á Eugenio.) Aguárdame allí,
en el despacho. (Mutis Eugenio.)

ISABEL. (Aparte.) Me inquieta
su actitud.

CRIADO. (Bajando al proscenio.) Esta tarjeta
me ha dado. (Entregándola.)

RAFAEL. (Lee la tarjeta. Ap.) ¡Cómo! ¡Él aquí,
él, don Ramón en mi casa!

CRIADO. ¿Qué digo?

RAFAEL. Aguarda un instante.

ISABEL. ¿Qué tienes?

RAFAEL. ¡Yo! (Disimulando su emoción.)

ISABEL. ¡Tu semblante
palidece!

RAFAEL. No...

ISABEL. ¿Qué pasa?

RAFAEL. Nada... Te ruego que esperes
allí...

ISABEL. Pero...

RAFAEL. Ya sabrás.

ISABEL. Cuando tú me ocultas más
es porque menos me quieres.

RAFAEL. No turbes mi conferencia
con este señor. No entres
si no llamo.

ISABEL. ¡Que ahora encuentres
enojosa mi presencia
á cada instante!

RAFAEL. Yo espero
decirte... mas.. déjame.

ISABEL. (Ap.) ¡Qué misterio! Yo veré... (Mutis Isabel.)

RAFAEL. (Al Criado, que en seguida hace mutis.)
Conduce á ese caballero.
(Cierra con llave la puerta por donde entró Isabel.)

ESCENA XI

RAFAEL, inmediatamente DON RAMÓN

RAFAEL. ¡Aquí don Ramón! Sabrá...
Mas, ¿qué importa? aún no he pedido
á su hija. ¿Acaso ha venido
para inquirir? Aquí está.

RAMON. ¿Usted no esperaba verme
en su casa?

RAFAEL. No señor,
y le agradezco el honor
que se digna usted hacerme
visitándome.

RAMON. Entre amigos...

RAFAEL. Yo lo soy fiel... ¿Y á qué debo
su visita?...

RAMON. No me atrevo
á hablar, si aquí hay más testigos
que nosotros. (Breve pausa.)
(Aparte.) ¡Se ha turbado!

RAFAEL. Testigos... no...

RAMON. ¿De manera?...

RAFAEL. En mi habitación espera
un amigo que ha llegado
há poco; mas desde allí
no puede oir lo que hablemos;
sin embargo, cerraremos
también esta puerta...

RAMON. Sí.

(Rafael cierra la puerta por donde entró Eugenio y se aproxima después á don Ramón.)

RAFAEL. Ya escucho. (Se sientan.)

RAMON. (Sacando una carta del bolsillo.)
Haga la merced
de revelarme al autor
de esto... (Le da la carta.)
Una carta de amor
á mi hija

RAFAEL. (En voz muy baja y mirando la epístola.)
Soy yo.

RAMON. (En voz alta y recogiendo la carta.)
¿Es usted?

(Suena un leve ruído en la habitación de Isabel.)

¿Qué es eso? (Con intención.)

RAFAEL. (Turbado.) Nada... (Pausa.)

RAMON. Es extraño,
siendo su amor verdadero,
que viva oculto y artero
con las trazas del amaño.
Si usted mi amistad alcanza,
¿por qué á mis ojos esconde
su amor y no corresponde
á mi noble confianza?

RAFAEL. Yo... esperé...

RAMON. Si usted creía
tan conveniente esperar,
no debió solicitar
nada de ella.

RAFAEL. Amo á Lucía.

RAMON. (Resuelto á sorprender la impresión que sufre Rafael.)
¿Y usted no tiene una amante
en su hogar?

RAFAEL. ¿Yo?...

(Rafael se levanta de su asiento y retrocede un paso. Don Ramón le mira atentamente.)

RAMON. (Se levanta también.) Ya comprendo.
RAFAEL. Es... que...
RAMON. Basta; si estoy viendo
la respuesta en su semblante.
RAFAEL. (Ap.) No hay duda; lo ha averiguado
todo. (Á don Ramón, con franqueza y resuelto.)
Pues bien, yo confieso...
RAMON. (Atajándole con prontitud y energía.)
Debió comenzar por eso;
ahora lo creo excusado. (Pausa.)
Hasta mí llegó el rumor
de lo que mis ojos ven;
mas quise mirarlo bien
para proceder mejor.
De don Teodoro me quejo,
no de usted; que sus agravios,
más que ofensas, de mis labios
solicitan un consejo.
Si tiene mujer amada,
dentro ó fuera de su hogar,
no vaya usted á turbar
la paz de una casa honrada.
RAFAEL. Tenga disculpa mi error
en que aún no había pedido
la mano de su...
RAMON. Ha podido
tomarla usted, que es peor.
RAFAEL. Mi amor es puro.
RAMON. Á dudarlo
no llegué; si lo dudara,
¿cree usted que le dejara
ni aun lengua para afirmarlo?
RAFAEL. En el punto en que ha llegado
usted á verme, rompía
este lazo que me unía
fatalmente á mi pasado.
Mi tío acoge después
á esta pobre desdichada,
á quien llama usted mi amada,
cuando en verdad no lo es;

así se compensa el daño,
y se remedia con eso
el exceso... si hubo exceso
donde no cupo el engaño.

RAMON. Yo creo que antes de hablar
á Lucía, usted debió
proceder así.

RAFAEL. Más yo
he tenido que pensar
la ocasión del rompimimiento.

RAMON Antes de amar á Lucía.

RAFAEL. Pero es que el amor venía
más velóz que el pensamiento.

RAMON. Quien deshonra á una mujer,
con tal firmeza se liga
á su crimen, que le obliga
si no el amor, el deber.

RAFAEL. Pero, ¿es justo que un desvío
de mi loca mocedad,
por siempre la libertad
me prive y el albedrío?

RAMON. Usted su delito expía.

RAFAEL. ¿Con eterna expiación?

RAMON. Yo no discuto su acción.
Yo defiendo á la hija mía.

RAFAEL. (*Procurando ser muy persuasivo.*)
Por Dios, escuche...

RAMON. ¿Qué?

RAFAEL. Yo,
creo que Isabel pudiera
ser... mi amante compañera;
madre de mis hijos, no;
pues no quiero que algún dia
les susurre la maldad
que hubo en su paternidad
prólogos de mancebía.
Mi juventud soñadora,
vió en el amor un instinto,
pero, ¡ay! que ya es muy distinto
lo que voy mirando ahora.
Ahora sé que el embeleso
de los sentidos, no aviva

el alma, porque no estriba
la felicidad en eso.
Mi razón despierta, y sé
que en vano pretendería
que respeten, por ser mía,
mujer que no respeté;
que aquella, á quien los demás
desprecian, yo podré amarla,
si la amo; pero adorarla
como debo, eso jamás.
Y pretendo que mi esposa
digna sea y respetada,
de mí mismo recatada,
de sí misma ruborosa.
Cuyo claro entendimiento
al fondo de mi alma llegue
con amor y no me niegue
la vida del pensamiento.
Con Isabel obtendría
esa unión sin amistad,
que turba la soledad
y no presta compañía;
mientras su hija me asegura
la vida del alma, el fuego
del amor en el sosiego
de legítima ventura.

RAMON. Recelo, aunque usted se empeña
en huir de esta mujer,
que puedan reverdecer
los afectos que hoy desdeña;
porque el bien que es enojoso
al alcance de la mano,
cuando lo vemos lejano
nos va pareciendo hermoso.
Por esta razón intento
hacer mayor experiencia,
para ver la consistencia
que logre su sentimiento.
Es más, aun cuando me aflija
confesarlo, no concibo
el cariño reflexivo
que siente usted por mi hija.

Amor, que á un ruín devaneo
pide sostén, y lo lleva
en sus brazos la manceba
al umbral del himeneo.
¿Cómo, procediendo así,
pretende usted la hija mía?

RAFAEL. Y si me adora Lucía,
¿quién la apartará de mí?

RAMON. Yo, descubriendo á sus ojos
esta infamia, este impudor.

RAFAEL. Si ella me quiere, mi amor
podrá más que sus enojos.

RAMON. ¿Y más que el mío?

RAFAEL. (Breve pausa.) Lo ignoro. .
pero es humano que sea.

RAMON. ¡Que así en peligro se vea
el más preciado tesoro!
¡Que mi hija, su amor divino,
mi hogar, mi fortuna, todo
lo arrebate de este modo
un cualquiera, un libertino!
¡Causando tan grave daño
en mis dichas más preciadas,
con dos frases, dos miradas,
una carta y un engaño!

RAFAEL. No, no es eso, don Ramón,
yo soy honrado y sincero.

RAMON. Aún tengo esperanza, espero
dirigir su corazón.

RAFAEL. Usted se engaña, la adoro;
no existe motivo alguno
de duda.

ISABEL. (Dentro y golpeando la puerta.)
¡Rafael!

RAMON. Hay uno.

RAFAEL ¿Cuál?

RAMON. Esa voz, ese lloro.
Todo se debe aplazar

RAFAEL. ¿Y al fin podré conseguir?...

RAMON. No soy de lo porvenir
garantía. Hay que esperar.

ISABEL. ¡Abre! (Golpeando más recio.)

RAFAEL. ¡Mire usted que pierdo
mi dicha cuando la toco!
RAMON. Ya que anduvo usted tan loco,
es razón que yo ande cuerdo.
ISABEL. ¡Rafael! (Llorando y golpeando.)
RAFAEL. De todo me olvido.
RAMON. Proceda con más prudencia.
RAFAEL. Tranquila está mi conciencia.
RAMON. Yo con la mia he cumplido.
(Mutis don Ramón por el foro. Rafael, después de un momento de duda, abre la puerta del despacho donde está Eugenio y éste aparece detrás de la puerta.)

ESCENA XII

RAFAEL, EUGENIO, después ISABEL

RAFAEL. ¿Has oído?
EUG. Todo, y siento
lo que sucede.
RAFAEL. ¿Qué hacer?
EUG. Consultar el parecer
de tu tio.
RAFAEL. Ve ..
EUG. Al momento.
(Eugenio hace mutis. Rafael abre la puerta de la habitacion de Isabel. Ella aparece, le mira con asombro y espanto, y queda perpleja, sin atreverse á avanzar. Pausa.)
ISABEL. ¡Pero es verdad, Virgen Santa!
(Rafael permanece sombrio y vuelto de espaldas á Isabel; ella cae sobre una silla, y cubriéndose el rostro con los manos, llora. Pausa, en que sólo se escuchan los sollozos de Isabel.)
RAFAEL. Basta ya. (Mirándola con angustia.)
ISABEL. (Mirándole también.) ¡Infame! ¡crüel!
(Levantándose y yendo hacia él.)
Pero, habla, habla, Rafael,
que tu silencio me espanta.
¿Por qué tu labio mintió
cuando amor me prometia?

RAFAEL. Porque entonces le sentía.
ISABEL. (Con voz ahogada, breve y seca.)
¿Y ahora, no le sientes?
RAFAEL. (Después de una breve pausa y bajando la voz.)
No.
ISABEL. ¿Y amas á otra?
RAFAEL. La amo, sí.
ISABEL. Y... ¿mañana la amarás?
¿Por ella no sentirás
lo que ahora sientes por mí,
cuando veas con la hartura
que el hastío se despierta?
Si hoy juzgas tu dicha cierta
porque no la ves segura,
no prefieras el dudoso
al bien logrado; no mates
mi alegría; no arrebates
con tu desdén mi reposo.
¿No miras que á tu albedrío
nacen mi risa ó mi llanto?
¡Si tal vez amarte tanto
es causa de tu desvío!
RAFAEL. Tú no comprendes...
ISABEL. Comprendo
que eres un infame.
RAFAEL. ¡Yo!
ISABEL. ¡Me abandonas!
RAFAEL. Eso no,
yo te amparo.
ISABEL. ¡No me vendo!
¡Limosna á mí! ¿No reparas
que esto un sarcasmo sería,
cuando yo mendigaría
si tú lo necesitaras?
¿Tú sospechas que yo imploro
riquezas?
RAFAEL. Eso, jamás.
ISABEL. Si eres mi vida y te vas,
¿para qué quiero yo el oro?
RAFAEL. Isabel, si comprendieras
cuánta es mi aflicción...
ISABEL. Olvida.

¿Qué exiges de mí? ¿Mi vida?

RAFAEL. Más que eso; que no me quieras.

ISABEL. ¡Imposible! ¡Yo olvidarte!

RAFAEL. Pues yo de tí lo reclamo.

ISABEL. Si eres un infame, y te amo,
¡cómo he de dejar de amarte!

RAFAEL. ¡Isabel, mi porvenir
depende de tu prudencia!

ISABEL. ¿Y habrá paz en tu conciencia
condenándome á morir?

RAFAEL. Si no labro tu ventura
deja que logre la mía.

ISABEL. ¿Acaso no turbaría
tu dicha mi desventura?
A una mujer das tu amor
porque te ofrece su mano,
y desprecias, inhumano,
á la que te dió su honor.
Á Lucía lograrás
por un contrato, y yo á tí
me entregué con frenesí
despreciando á los demás.

RAFAEL. Pues bien, Isabel, con eso
nuestra ventura perdiste.

ISABEL. ¿Y por qué no lo advertiste
al pedirme el primer beso?

RAFAEL. Aun unido á otra mujer
yo no te podré olvidar.

ISABEL. Es que no quiero robar
dichas que pude obtener.

RAFAEL. ¿Y qué intentas?

ISABEL. Oponerme
á esa unión.

RAFAEL. ¿Conseguirás
mi amor así ó lograrás
mi enojo?...

ISABEL. No quiero verme
sin tí.

RAFAEL. De mi voluntad
no depende...

ISABEL. ¿Y tu conciencia?
¿En qué fundas tu existencia

legal? En una maldad.
Por el amor fuí arrastrada
y por él envilecida,
y aunque sea redimida
ya no puedo ser honrada;
y tú, cuando estás hastiado
de la infame seducción,
logras que una bendición
borre todo tu pasado.

RAFAEL. En mi nuevo cautiverio
te amparo; no te abandones
al dolor.

ISABEL. ¿Qué me propones?
¿otra infamia... un adulterio?

RAFAEL. No digo... pretendo yo...

ISABEL. Tu limosna, no la quiero.

RAFAEL. ¡Isabel!... (Impaciente ya.)

ISABEL. Yo de amor muero,
pero de vergüenza, no.

ESCENA XIII

DICHOS y DON TEODORO

TEOD. ¡Rafael!

ISABEL. (Señalando á don Teodoro.) Ese miserable
que te vende es un malvado.

RAFAEL. (Aparte á don Teodoro.) ¿Qué hay?

TEOD. (Id. á Rafael.) Con don Ramón he hablado.
Todo lo sé.

RAFAEL. ¿Y qué?

TEOD. Es probable
un convenio. De mí ha oído
la verdad llana y entera.
Dije que una aventurera
es Isabel.

RAFAEL. Ha mentido.

TEOD. Convenía...

ISABEL. (En voz alta á don Teodoro.) ¿Qué maldad
le trae á usted?

TEOD. (Á Isabel.) El reposo
de Rafael. (Aparte á Rafael.)

Era forzoso
exagerar la verdad
y algo he logrado.

ISABEL. (Á los dos.) ¡Por Dios,
tened compasión de mí!

TEOD. (Ap. á Rafael.) Nos espera. ¿Vamos?

RAFAEL. Sí. (Después de dudar.)

TEOD. (Á Isabel.) Todo acabó entre los dos,
pero, en cambio, yo me obligo.

ISABEL. Yo de usted no quiero nada.
¡Rafael! (Suplicándole.)

RAFAEL. (Aparte.) ¡Desventurada!
¡Qué siento yo! (Conmovido.)

TEOD. (Á Rafael.) Ven conmigo.
(Á Isabel, separándola de Rafael.)
Aparte usted.

ISABEL. (Luchando con don Teodoro.) ¡Miserable!
¡Ah, Dios mío! (Cayendo desmayada.)

RAFAEL. ¡Qué tormento!

TEOD. Ven...

RAFAEL. (Viendo que Isabel ha caído desmayada sobre una butaca.) ¡Ah!

TEOD. (Llevándole hacia el foro.)
Ha llegado el momento,
de que seas razonable. (Telón rápido.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Sala en casa de don Ramón, lujosamente amueblada. Puerta al foro y laterales; sobre una de ellas el retrato de Rafael, de tamaño natural y pintado al óleo. Balcón en el segundo término de la derecha; donde crea más oportuno el director de escena, una chimenea; todos los muebles y accesorios necesarios á esta decoración.

ESCENA PRIMERA

DON RAMÓN, RAFAEL, DON TEODORO y LUCÍA

Aparecen: Rafael sentado en un sillón junto á la chimenea; Lucía frente á él. Don Teodoro leyendo un periódico de la mañana, y don Ramón paseando de un lado á otro de la escena.

TEOD. Hubo ayer gran discusión
en el Congreso..
RAMON. ¿Has hablado?
RAFAEL. Yo no hablo. (Con desaliento.)
TEOD. ¿Pero has votado?
RAFAEL. (Con ironía.)
Sí, cumpli mi comisión.
Aunque el Gobierno obre mal
tiene mi voto propicio,

porque se me impone el juicio
del banco ministerial,
y entre murmullos y risas
figuro con los comparsas.

TEOD. En la política hay farsas
venerables y precisas.

RAMON. Mi yerno pensó lograr
laureles en el partido,
y hoy que se halla reducido
á ver, oir y votar,
su felicidad no labra
el ruín parlamentarismo,
y á Dios pide un cataclismo
para usar de la palabra.

RAFAEL. Si no deseo ascender.

TEOD. ¿Te disgusta ser cunero?

RAFAEL. Eso sí, deber no quiero
mis votos.

TEOD. ¡Qué has de deber!
Los votos de la elección
el gobierno no los *da*,
los presta; te cobrará
uno en cada votación
que haya en el Congreso; así
ten ya por cosa segura,
que al fin de legislatura
te deben votos á tí.

LUCIA. Únete á la minoría
moderada.

RAFAEL. ¡Yo!

LUCIA. Remueve
los ánimos; promueve
un escándalo por día.

RAFAEL. ¡Mujer!

LUCIA. Si eres atrevido
conseguirás algo bueno.
El político y el trueno
se imponen metiendo ruído.

RAFAEL. No busco notoriedad;
es que he perdido la fe.

RAMON. ¡Siempre débil!

RAFAEL. ¿Dónde iré

que encuentre sinceridad?
TEOD. Tiene más entendimiento
Lucía que tú; á mi ver
alcanza más tu mujer
en este asunto.
RAFAEL. Lo siento.
RAMON. Es decir, que del combate
desiertas; que ya te inunda
la indiferencia profunda
que los ánimos abate.
Hoy hay patricios honrados
que de la maldad se espantan
sólo en casa; y ni aun levantan
la voz contra los malvados.
RAFAEL. Si me llego á rebelar,
en las nuevas elecciones
no triunfo.
RAMON. ¿Y tus convicciones?
RAFAEL. Hoy es inútil luchar.
RAMON El espíritu valiente
y bien convencido, lucha.
RAFAEL Es que hoy el país no escucha
á quien dice lo que siente.
RAMON. No es verdad, y aunque en rigor
su estado es triste y crüel,
con eso que pensáis de él
hacéis su daño mayor.
LUCIA. Es lo cierto que mi esposo,
desde que hemos regresado
á Madrid, ya no ha gozado
ni alegría ni reposo. (Acercándose á él.)
Y si es que el aire extranjero
te conviene, al patriotismo
renuncio por mi egoísmo
conyugal y partir quiero
contigo.
RAFAEL. Tu voluntad,
Lucía, reina en mi pecho.
LUCIA. Gracias (Ap.) ¿Si lo que sospecho
no será realidad?

ESCENA II

DICHOS y CRIADO 2.º

CRIADO. Don Eugenio Gascón. (Anunciando.)
LUCIA / RAFAEL. ¡Ah! (Aparte.)
RAMON. ¿Un amigo tuyo? (Á Rafael.)
RAFAEL. Sí,
de la infancia.
RAMON. Pues aquí
con él te dejo, tendrá
que hablarte. (Á don Teodoro.)
Ven, vas á ver
el plan del nuevo trazado
de la línea.
TEOD. ¿Terminado?
RAMON. Sí. (Hacen mutis.)
LUCIA. ¿Estás triste?
RAFAEL. No, mujer.

ESCENA III

RAFAEL y EUGENIO

RAFAEL. ¡Eugenio!
EUG. ¡Rafael! (Se abrazan.)
RAFAEL. Tenía
verdadero afán de hablarte.
EUG. No he podido visitarte
hasta hoy; llegué el otro día
de mi pueblo.
RAFAEL. Hace dos años
que no te veo. (Toman asiento.)
EUG. Es verdad.
¡He vivido en soledad
y sufrí mil desengaños,
mientras tú, nadando en oro
te hallabas!...
RAFAEL. ¿Qué te ha pasado?

EUG. ¿Lo ignoras? Que me ha burlado
tu tío.

RAFAEL. ¡Don Teodoro!

EUG. El mismo.

RAFAEL. Pues ¿qué te ha hecho?

EUG. Hace tiempo, me ofreció
un distrito y explotó
mi esperanza en su provecho;
y, después que de este modo
logró de mí cuánto quiso,
esquivó su compromiso
retractándose de todo.

RAFAEL. Lo siento.

EUG. Así quiere Dios
hacerte pariente mío.

RAFAEL. Y ¿por qué?...

EUG. Porque hoy tu tío
es *un tío*... de los dos. (Rafael se sonríe.)
Digna recompensa, á quien
te ha mostrado el buen sendero,
no por interés grosero,
por amistad.

RAFAEL. Lo sé bien.

EUG. ¡Lo dudas! (Receloso.)

RAFAEL. ¿Por qué razón?
Y el distrito que persigues
yo haré...

EUG. Si me lo consigues
das al tío una lección,
pues tiene de tí un concepto
que en realidad no mereces.

RAFAEL. Tú exageras...

EUG. Muchas veces
me ha dicho que eres inepto
para todo.

RAFAEL. (Negándolo.) ¡Bah!

EUG. Declaro
la verdad.

RAFAEL. Pues yo te digo...

EUG. Hombre, dudas de un amigo
que vive bajo tu amparo.
Y no es que el resentimiento

me ciegue; no, Rafael,
que yo reconozco en él
habilidad y talento.
Él se conduce según
á su negocio conviene;
en el fondo es bueno y tiene
mucho sentido común.
Prueba de ello, es que ha vencido
los reparos que oponía
don Ramón á que Lucía
te aceptara por marido.

RAFAEL. Ah, no tanto. Voy creyendo
que él no supo merecer...

EUG. Pues, ¿quién logró?...

RAFAEL. Mi mujer
que me adora.

EUG. (Se levanta.) Lo comprendo.
En fin, chico, es envidiable
la posición que has logrado:
Ya te veo transformado
en un hombre razonable.
¡Venturoso quien se vea
como tú, sin aflicciones,
con templanza en las pasiones
y fuego en la chimenea;
la bodega abastecida
buena mesa y gran caudal!
Has logrado el ideal
más hermoso de la vida.

RAFAEL. Bah, ¿tú crees?...

EUG. ¿No hay deslices
bajo tu grave reposo?

RAFAEL. No; vivo en paz, soy dichoso.

EUG. ¡Con qué amargura lo dices! (Pausa.)
Díme... y ¿aquélla? (En voz baja.)

RAFAEL. Olvidemos
á Isabel.

EUG. ¡Ya la olvidaste!
Pues yo sé...

RAFAEL. (Se levanta.) ¡Qué! ¿Averiguaste
algo?

EUG. No hablemos... (Yéndose á un lado.)

RAFAEL. (Después de dirigir una mirada en derredor para convencerse de que nadie le escucha.)
Sí; hablemos.
Mi tío me ha asegurado
que la ampara.
EUG. Te engañó.
RAFAEL. ¿Cómo?
EUG. Isabel rechazó
su protección.
RAFAEL. Y ¿ha quedado
desvalida en su orfandad?
EUG. Mas no vive con afrenta.
Es laboriosa y sustenta
su vida y su honestidad.
RAFAEL. Sin embargo, sé que es madre,
y eso demuestra...
EUG. Detente;
que hace el tiempo suficiente
para que puedas ser padre
de su hijo.
RAFAEL. ¡Cómo! ¡Por Dios,
que la verdad me confieses!
¿Cuándo fué?...
EUG. Á los ocho meses
de separaros los dos.
RAFAEL. Y ¿es honrada esa mujer?
EUG. Es honrada todavía.
No faltó quien pretendía
que lo dejara de ser.
RAFAEL. Y ¿tú tienes evidencia
de esto?
EUG. Si ella es laboriosa,
y además pobre y hermosa,
deduce la consecuencia.
RAFAEL. ¿La hablaste?
EUG. Sí, Rafael.
RAFAEL. ¿Y qué?...
EUG. Me causó profundo
dolor.
RAFAEL. ¿Es verdad?
EUG. El mundo
ha muerto para Isabel.

Hace tiempo que la ví,
tú estabas recién casado
y en Francia.

RAFAEL. Pero, ¿has estado
en su propia casa?

EUG. Sí.
Y yo que soy tan inquieto
que nunca reparo en nada,
al ver su pobre morada
sentí piedad y respeto.
Entonces me cautivó
la vida pobre y modesta;
¡cuán hermosa y cuán honesta
á mis ojos se ofreció!
Tenía el niño su lecho
en el maternal regazo;
la madre, con tierno abrazo,
le brindaba el blanco pecho;
uniendo con tal fervor
su tarea y su cariño,
que mientras mecía al niño
terminada su labor.
Si algún libertino viera
tan humanos sentimientos,
de sus lascivos intentos
él mismo se arrepintiera
Yo le dije: ¿Acepta usted
protección de don Teodoro?
Y ella respondió: Ni su oro
pretendo, ni su merced.
No quiero que satisfaga
con oro su acción aleve,
que lo que ese hombre me debe
con dinero no se paga.

RAFAEL. ¿Eso respondió?

EUG. Eso dijo,
y sus pestañas brillaron,
y dos lágrimas rodaron
de su rostro al de su hijo.

RAFAEL. ¿Y el hijo?...

EUG. Es tuyo, evidente.
El muchacho lo declara.

RAFAEL. ¡El sabe!
EUG. No, mas su cara
es una prueba patente.
RAFAEL. ¿Y dices que todavía
ella se acuerda de mí?...
EUG. Es natural, si de tí
tan buen recuerdo tenia. (Breve pausa.)
RAFAEL. ¡Por qué me haces conocer
que es honrada, y que me adora!...
EUG. Yo...
RAFAEL. No lo niegues ahora,
porque no lo he de creer.
Con su honradéz me asegura
que su hijo es mío, y confieso,
Eugenio, que á pesar de eso,
prefiero que sea pura.
De no serlo, aquel deslíz
mancharía mi memoria,
fuera el prólogo á la historia
de una ramera infelíz.
Mas sabiendo, como sé,
que ella es pura y no liviana,
veo que nadie profana
el ídolo que adoré;
y aunque estoy avergonzado
por la acción que cometí,
me avergonzaré de mí,
pero no de haberla amado.
EUG. ¿Qué intentas?
RAFAEL. La quiero ver,
mas con sigilo.
EUG. ¿En secreto?
RAFAEL. Sí.
EUG. ¿Por amor?
RAFAEL. Por respeto.
EUG. ¿A quién? ¿á ella?
RAFAEL. A mi mujer.
EUG. ¿Con tu esposa no has tenido
sucesión?
RAFAEL. No.
EUG. ¡Desdichado!
RAFAEL. Y encuentro el fruto sagrado

en el árbol prohibido.
¡Venturas que mi deseo
codició para mi hogar,
ahora que os pude encontrar,
con cuánta vergüenza os veo!
(Rafael se sienta y se cubre el rostro con las manos.)

EUG. Y no le engañé. (Pausa.) Ya es mío...
¡Llora!... ¡Tiene corazón
todavía! (Breve pausa.) ¡Qué lección
voy á dar á *nuestro tío*!
Tú serás mi pedestal. (Mirando á Rafael.)
Mi elocuencia le aplastó.
¡Y que un hombre como yo
no sea ni concejal! (Breve pausa.)
Ya te dejo. (Á Rafael.)

RAFAEL. ¿Te vas?

EUG. Sí.

RAFAEL. ¿Y ahora, dónde vive?

EUG. Iré
á saberlo. Hoy hablaré
con Luisa. Confía en mí.

ESCENA IV

RAFAEL

¡Qué hacer!... A la desmedida
tentación el alma entrego,
ó mis caricias le niego
al sér á quien dí la vida.
¿Cómo, sin buscar la huella
de su madre, llego hasta él?...
¿Y cómo alcanzo á Isabel,
para separarme de ella?
¡Oh, cuán profunda inquietud
ante mis ojos presenta
este amor que se alimenta
á expensas de mi virtud!
Aquí, el hogar sin contento,
engendro de la ambición.
Allá, la ciega pasión

hija del remordimiento:
aquí, el odio reprimido
guardoso de la verdad,
viendo en la sinceridad
el delator más temido;
allá brotará el recuerdo
de la esposa á quien infamo;
aquí del hijo á quien amo
las alegrías que pierdo.
Y aquí y allá, la violencia,
la horrible tribulación
de quien lleva el corazón
en pugna con la conciencia.
No, no me siento capáz
de esta lucha; tengo miedo;
y si amar en paz no puedo,
al menos sufriré en paz.

. . . .

Ocultamente daré
mi protección decidida
á mi hijo, y de aquella vida
que es vida mía, huiré.
(Viendo por la primera puerta de la derecha que se aproxima Lucía.)
¡Mi esposa! No quiero verla.
¡Ah, ya comienzo á sufrir!
Ya no le puedo decir
ni el bien que acabo de hacerla.

ESCENA V

LUCÍA, CRIADO 2.°, despues DON RAMON

Aparece Lucía, suena el timbre y acude el Criado 2.°

LUCIA. Dígale á papá que venga
si puede hacerlo; he de hablarle.
(Mutis el Criado.)
Es prudente consultarle
y justo que se prevenga.

. . . .

Llegó Eugenio; de este modo

la carta ví confirmada.
Yo tengo astucia sobrada
para descubrirlo todo.

RAMON. ¿Qué tienes? ¡Te hallo nerviosa
hace tiempo!

LUCIA. Mucho más
de lo que crees.

RAMON. ¡Estás
agitada!

LUCIA. Estoy celosa.

RAMON. ¡Tú, hija mía! Á tal exceso,
¿qué te induce?

LUCIA. Este papel.

RAMON. ¿Carta?...

LUCIA. Para Rafael.
Con dirección al Congreso;
pero, un ugier la ha traido
á casa, por si era urgente.
Tal vez Rafael no frecuente
las Cortes.

RAMON. ¿Y ya ha leído
tu esposo esta carta?

LUCIA. No.

RAMON. Los criados le dirán
que ha llegado...

LUCIA. No hablarán,
que ya les previne yo.

RAMON. Tú no has debido romper
este sobre.

LUCIA. ¡Quién resiste
la tentación! ¿No advertiste
que lo ha escrito una mujer?
¿Y qué esposa no se inclina,
siendo amante, á sospechar
que es un peligro en su hogar
otra mano femenina?

RAMON. ¿Y justifica tus celos
la carta?

LUCIA. Si no es patente
como prueba, es suficiente
á originar mis desvelos.

RAMON. Ten prudencia; que al marido

aviva la tentación
recibir inculpación
de daño no cometido;
no turbes tu dicha cierta
exponiéndote á dejar
desapacible tu hogar
y la tentación despierta.

LUCIA. Tu razonamiento explica
mis ardides.

RAMON. Concluyamos;
Lee ya la carta y veamos
si tu inquietud justifica.

LUCIA. (Leyendo.) «Supongo que usted no habrá »visitado á la Isabel por ignorar las señas »de su nueva casa, que son, Paz, 4, segundo «interior. Don Eugenio, que ha llegado del »pueblo hace unos días, irá pronto á ver »á usted y á comunicarle noticias muy »graves acerca de ella.»
(Interrumpiendo la lectura.)
Ese Eugenio hace un instante
llegó; ya habrás escuchado
que aquí le anunció el criado
de mi marido.

RAMON. Adelante.

LUCIA. «Isabel continúa viviendo de sus labores, »y aunque tiene unas manos de oro y al»gunas señoras la llaman para utilizarla, »el niño está delicado y ella no puede »atender á todo. Le refiero á usted estas »cosas, porque debo decírselas, y porque »ella aceptará de usted lo que de otra per»sona rechazaría. Memorias de parte de »Miguelón y disponga de su afectísima,
»*Luisa.*»

RAMON. (Ap.) ¿Si ésta será aquélla...? No,
la explicación de Teodoro
destruye mi duda. (A Lucía.) Ignoro
por qué recelas.

LUCIA. Pues yo,
imagino ver segura
la maldad. Hoy lo sabré,

porque á esta mujer cité
á mi casa.

RAMON. ¡Qué locura!

LUCIA. ¡No me explico los temores
tuyos! ¿Qué mal hay en esto,
si la llamo con pretexto
de utilizar sus labores?
Ó aclaro por este medio
las sospechas que hoy abrigo
de esa infeliz, ó consigo
á su pobreza remedio.
Ya ves que indirectamente,
y sin hablar del asunto,
descubriré hasta qué punto
se conocen.

RAMON. ¡Imprudente!
Yo con mayor precaución
sabría si...

LUCIA. ¿No concibes
que indagando la apercibes
con tu propia indagación,
y en vez de obrar con descuido
como hoy, que nada recela,
usaría la cautela
de quien vive prevenido?

RAMON. ¿Y tú presumes que acuda
si sabe que aquí la espera
la esposa?

LUCIA. Si no viniera,
confirmaría mi duda.

RAMON. ¿Le ha dado la portadora
tu apellido verdadero?

LUCIA. No.

RAMON. Mas la casa...

LUCIA. Yo infiero
de esta carta que la ignora.

RAMON. Pero...

LUCIA. Ves mi sangre fría,
no debes guardar recelos.

RAMON. Yo veo que tienes celos,
y esto me basta, Lucía.
Entre ellos dos puede haber

ó amor, ó amistad ú olvido,
ó si nunca se han querido,
pueden llegarse á querer;
tú la ocasión les propones,
y en amores, la ocasión
es el hecho; el eslabón
que enlaza los corazones.

LUCIA. ¿Se aman ó no? Si no se aman,
¿qué temo? Y si es que se quieren,
aquí, sin que ellos lo esperen,
descubriré si me infaman.
No malogres lo que intento.

RAMON. Si es que así te satisfaces,
sigue; pero á lo que haces
le niego mi asentimiento.

ESCENA VI

DICHOS, CRIADO 2.° y después ISABEL

CRIADO. La costurera, señora.

LUCIA. Bien, que pase.

CRIADO. Pero viene
con su niño.

LUCIA. ¿Qué?

CRIADO. No tiene
á quién fiarle.

LUCIA. A Leonora
lo encomienda... (Ap.) Ya llegó.

RAMON. Hoy verás desvanecida
tu duda.

LUCIA. Soy prevenida.
(Aparece Isabel por la puerta del foro. Aparte á su padre.)
Mira... ¿La conoces?

RAMON. No,
hija.

LUCIA. (Ap.) No es una beldad. (Con duda.)

ISABEL. ¿Me da usted licencia?

LUCIA. Sí,
entre usted. (Le indica una silla.)

ISABEL. Gracias.

(Don Ramón coge el periódico y hace que lee mientras observa ocultamente á Isabel.)

LUCIA. Oí
ponderar su habilidad,
y, como tengo labor,
me he permitido llamarla
á usted para confiarla
á su destreza.

ISABEL. Es favor...

LUCIA. (Ap.) Vulgar parece. (Á Isabel.) He dispuesto
que mi doncella Leonora
cuide de su hijo.

ISABEL. Señora,
gracias.

LUCIA. Le será molesto,
teniendo que frecuentar
varias casas, el tener
que llevarle...

ISABEL. ¿Y qué he de hacer?

LUCIA. Le podía usted confiar
á su padre...

ISABEL. No, á ese no.

LUCIA. ¿Y puedo saber?...

ISABEL. Ha muerto
hace dos años.

LUCIA. (Con alegría apenas perceptible, porque procura disimularla.)
¿Es cierto?

ISABEL. ¿Pero usted lo duda? (Con extrañeza.)

LUCIA. (Negando y disculpándose.) Yo... (Pausa.)
La envidio á usted, porque es madre.
(Pausa.)
¿Se llama el niño?

ISABEL. Rafael.

LUCIA. ¿Sí? (Sorprendida.)
Me agrada. (Con sonrisa forzada.)
(Aparte.) ¡Como él!
¿El mismo nombre del padre?

RAMON. (Aparte á su hija, con tono de reproche.)
¡Lucía!
(Isabel le dirige una mirada recelosa, y manifiesta

en su actitud el enojo que le producen las impertinentes preguntas de Lucía. Pausa larga.)

LUCIA. (Ap.) Tal vez retrata
mi rostro la confusión
que siento; que el corazón
cuando acecha, se delata.
He debido precaverlo.
(Á Isabel.)
Vamos, pues...

ISABEL. (Levantándose.) Cuando usted quiera.

ESCENA VII

DON RAMON y DON TEODORO

RAMON. ¿Esta Isabel, no pudiera
ser aquélla? He de saberlo.
¡Teodoro! (Llamando por la segunda de la derecha.)

TEOD. (Saliendo.) ¿Me llamas?

RAMON. ¿Ves
á la joven que está allí
hablando á Lucía?

TEOD. Sí.
¿Pero qué es esto?

RAMON. ¿Quién es?

TEOD. ¿A qué ha venido?

RAMON. Responde
á mi pregunta primero.

TEOD. ¡Me sorprende!...

RAMON. Saber quiero
el secreto que me esconde
tu extrañeza.

TEOD. Es Isabel.

RAMON. ¿Qué Isabel?

TEOD. La desdichada
querida, y abandonada
por mi sobrino Rafael.

RAMON. Tú has dicho que noblemente
de Isabel has conseguido,
compensar lo sucedido
y garantir lo presente,

y hoy la encuentro en el arroyo
¿Es que esa desventurada
era demasiado honrada
para merecer tu apoyo?

TEOD. Hoy vive prostituída.

RAMON. No es verdad; aquí la trajo
su honradéz.

TEOD. ¡Cómo!

RAMON. El trabajo,
la gran virtud de la vida.

TEOD. Para mí no es evidente
la honradéz de que hoy blasona,
porque el pasado no abona
la virtud de su presente.

RAMON. Aceptaste el compromiso
de socorrerla por mí,
no por ella.

TEOD. Y le ofrecí
lo que pude; mas no quiso
dar trabas con mi largueza,
á su falta de cordura.

RAMON. ¡Tú juzgas desenvoltura
lo que yo juzgo nobleza!

TEOD. ¿Acaso vuelve á nacer
aquel antiguo deseo?

RAMON. Eso lo ignoro; mas veo
que podría suceder.

TEOD. ¿En qué te fundas?

RAMON. Advierto
que yo engañado vivía,
porque Isabel todavía
es un peligro.

TEOD. No es cierto.
No te dejes arrastrar
por el ciego pesimismo.

RAMON. ¿Y bien, qué hacer?

TEOD. Ahora mismo
es necesario alejar
de nuestra casa á Isabel.

RAMON. No es posible; bastaría
eso para que Lucía
sospechara.

TEOD. ¿Rafael
sabe?...

RAMON. Nada...

TEOD. Pues conmigo
le llevo. (Llamando.)
Manuel... (Aparece el Criado.)
El coche.
(Á Ramón.) Díle á Isabel que esta noche
parta.

RAMON. Veré si consigo...

TEOD. ¿Ella no sabe que está
en nuestra casa?

RAMON. Lo ignora,
según creo.

TEOD. Sin demora,
díselo, que partirá.

RAMON. Que nada sepa Lucía,
pues me da más amargura,
sospechar su desventura
que mirar cierta la mía.

ESCENA VIII

ISABEL y LUCÍA, después CRIADO 2.°

LUCIA. (Se dirige á un mueble de donde saca un muestrario de bordados, y se los presenta á Isabel.)
Entre usted aquí. Estos son
los bordados convenidos.

ISABEL. Usted ya tendrá elegidos...

LUCIA. No, los dejo á su elección.
(Hace sonar el timbre y aparece el Criado. Aparte al Criado, y con cierta inquietud.)
Llame al señorito.

CRIADO. Ahora
va á salir.

LUCIA. Aquí le espero,
dígale usted que antes quiero
verme con él.

CRIADO. (Bien, señora.)
(Se retiran, el Criado por una puerta de la izquierda, y Lucía por otra de la derecha, mirando

de reojo á Isabel, la cual, junto á un velador y con un lápiz en la mano, está repasando los bordados.)

ESCENA IX

ISABEL, después RAFAEL

ISABEL. ¡Cuánta pregunta me ha hecho!
No extraño lo que me pasa;
como ella me abre su casa
quiere que le abra mi pecho.
¡Cuán desdichada nací,
que oculto como un baldón,
estos recuerdos que son
venerables para mi!
. . . .
(Fijándose en el retrato al óleo de Rafael, colocado en el lienzo de pared de la derecha.)
¡Ah, no hay duda... Rafael!
Dios mío, ¿qué casa es esta?
El retrato manifiesta...
(Aparece Rafael por la primera puerta de la derecha.)
¡Ah!

RAFAEL. ¡Tú! ¡Dios mío! ¡Isabel!
Por qué vienes?

ISABEL. Me llamó
tu mujer que se ha propuesto
darme labor...

RAFAEL. Pero, ¿esto
es un lazo?

ISABEL. ¡Qué se yo!

RAFAEL. ¿Es casualidad?

ISABEL. Lo ignoro;
pero me basta advertir
que es tu casa para huir
de ella. (Isabel va alejándose de él.)

RAFAEL. Ven.

ISABEL. No...

RAFAEL. Yo lo imploro.
Esta será contingencia

casual, porque todavía
vive ignorante Lucía
de mi pasada existencia.

ISABEL. ¡Qué cinismo, qué irrisión!
¿Te atreves á recordar?...

RAFAEL. Hoy determiné aliviar
tu pobreza y tu aflicción.
(Breve pausa. Isabel hace un mohín de desprecio y le vuelve la espalda.)
He sabido que eres madre
de nuestro...

ISABEL. ¡Mientes!

RAFAEL. Lo dijo
aquí Eugenio.

ISABEL. Es que mi hijo
nació huérfano de padre.

RAFAEL. ¡Por compasión!

ISABEL. Te contemplo
con odio. Déjame ya.

RAFAEL. Mi hijo...

ISABEL. Tu hijo... tomará
de su padre buen ejemplo.

RAFAEL. Quiero elevarle hasta mí.

ISABEL. Entonces me apartas de él.

RAFAEL. Bajo tu amparo, Isabel.

ISABEL. Se avergonzará de tí.

RAFAEL. ¡Oh, qué espanto!

ISABEL. Lo comprendo.
Esto ya no se concilia.

RAFAEL. ¡Cómo!

ISABEL. Has muerto tu familia
natural: ya lo estás viendo.

RAFAEL. Me espanta la frialdad
de este hogar; su triste calma.

ISABEL. (Con gran energía.) Así dejaste mi alma;
y en tan honda soledad,
por tu abandono vivía,
que mis entrañas gimieron
y sólo ellas me ofrecieron
germen de amor y alegría.
No tú, fué la Providencia,
quien dispuso que brotara

de mí el fuego que templara
el frío de mi existencia.

RAFAEL. Escucha.

ISABEL. No.

RAFAEL. Considera
que el hijo del alma mía,
en mis tristezas sería
lo que el sol sobre la esfera.
Mi amor de padre, Isabel,
debe templar tus enojos;
ten piedad, vuelve tus ojos
hacia los míos.

ISABEL. (Sin volverse á él, pero conmovida.) ¡Rafael!...

RAFAEL. ¡Lleguen á mí tus miradas,
aunque homicidas, hermosas;
que no lleguen amorosas,
pero lleguen apiadadas!
¡Tú no le puedes negar
tus ojos á mi dolor;
que no me hablen con amor,
que me ayuden á llorar!
Rueden juntas y fundidas
nuestras lágrimas al suelo,
gocen ellas el consuelo
que no gozan nuestras vidas.
(Rafael diciendo estos últimos versos se aproxima á Isabel y mientras le oprime una mano le abarca el talle. Aparece Lucía y los sorprende en esta actitud.)

ESCENA X

DICHOS y LUCÍA; después DON RAMÓN

LUCIA. ¡Rafael!

RAFAEL. ¡Ah, tú!

ISABEL. (Volviéndose.) ¿Qué?

LUCIA. (Ap.) Buen medio
el mío; dió la evidencia.

RAFAEL. Yo... (Con notable turbación.)

LUCIA. (Ap.) La humillo en su presencia;
esto es venganza y remedio.

(Isabel se dirige hacia la puerta del foro.)
Oiga usted.
(Isabel se vuelve y se detiene. Aparece don Ramón por la segunda puerta de la izquierda.)

RAMON. ¿Qué pasa aquí?
RAFAEL. Nada.
LUCIA. ¡Mucho!
RAMON. ¿Qué fué?
LUCIA. Impuras
caricias, desenvolturas
que aquí mismo sorprendí.
ISABEL. Señora...
LUCIA. (Con mucho desdén.)
Que usted lo era
es lo que yo sospeché;
pero ya que me engañé,
pues que es una aventurera
que deshonra nuestro hogar...
ISABEL. ¡Miente! (Con altivéz.)
RAMON. Basta.
(Á Rafael.) No creia
que así tu audacia podría
estas canas afrentar.
RAFAEL. Calma... Oíd.
LUCIA. Nadie se enoja
por lo que aquí ha sucedido;
porque si el viento ha traído
un harapo, se le arroja
á la calle.
ISABEL. La verdad
confiesa, Rafael.
RAMON. ¿Qué es esto?
LUCIA. Que ahora fingen: se han propuesto
ocultar su liviandad.
RAFAEL. Esta mujer, desgraciada
por mi causa, é inocente,
saldrá de aquí con la frente
sin desdoro levantada.
Antes de haberme enlazado
á tí, fué mía, y la amé,
y las dichas que logré
yo sólo las he logrado;

yo sólo. Por vez primera
la reencuentro; tan honrada
como...

LUCIA. ¿Quién?

RAMON. ¿Cómo quién?

RAFAEL. Nada,
como sea la primera.

ISABEL. Como usted (Señalando á Lucía.)

RAMON. ¡Basta!

LUCIA. ¡Me infama!

RAFAEL. No es la mujer que se vende.

ISABEL. (Ap.) De su esposa me defiende,
ya no lo dudo; me ama.

RAMON. (Reprimiendo su enojo.)
Si esta mujer ha venido
sin saber dónde venía,
debes confesar, Lucía,
que acaso te has excedido.

LUCIA. Yo ví...

RAMON (Ap. á ella.) (Sé prudente.)
(A Isabel.) Ahora,
si usted respeta el sosiego
de nuestra casa, le ruego
que nos deje usted, señora.
Y con templanza lo digo,
porque creo en su honradéz;
porque no veo dobléz
en usted, y porque abrigo
la creencia, bien fundada,
de que usted no es de esos seres
que por livianos placeres
turban la dicha sagrada.
Y aunque sé que las venturas
legítimas, la honradéz
más firme, la candidéz
de las pasiones más puras;
la familia y el honor
logra con mi impunidad
abatirlos la maldad
de una mujer sin pudor,
de usted no pude creer
que á tal perversión llegara,

porque si lo sospechara...
(Conteniéndose con gran esfuerzo.)
No lo quiera usted saber. (Pausa.)
Mi yerno y don Teodoro,
aquí los dos me juraron
que por siempre terminaron
ciertos hechos que aún deploro.
Y como aquí su presencia
trajo la casualidad,
no habiendo en usted maldad
ni acritud en mi advertencia,
no me niegue la merced
de olvidar lo sucedido.
¡Lucía, con tu marido!
(Á Isabel.) Señora, á los piés de usted.

ISABEL. (Hace sonar el timbre y aparece en el foro el Criado 2.°)
¡Mi hijo!

CRIADO. Aquí. (Señalando hacia adentro.)

RAFAEL. (Aparte.) ¡Su hijo!

ISABEL. (Muy emocionada y andando con pasos alentados y vacilantes.)
¡Mi llanto
me ciega... No puedo más.
(Sale por el foro, y el Criado también.)

ESCENA XI

DICHOS y DON TEODORO

TEOD. ¿Qué pasa?

RAMON. Oye.
(Le conduce aparte, y hablan.)

LUCIA. (Á Rafael y en tono de reconvención.) ¡Negarás ahora!...

RAFAEL. Déjame. (Volviéndole la espalda.)

LUCIA. ¡Dios santo!
¡Ni aun respeto ni atención
á la mujer ofendida!
¡Ah! (Se cubre el rostro con las manos y solloza.)

RAMON. ¿Qué es esto? Hija querida.

TEOD. ¿Qué motiva tu aflicción?

RAFAEL. ¿Qué te apena?
(Todos rodean á Lucía.)
LUCIA. (Á Rafael.) Tu dobléz
aumenta mi sufrimiento.
Si me odias, dame el contento
de matarme de una vez.
RAMON. Partió Isabel: tu querella
no es fundada.
LUCIA. ¡Y él aquí,
con sus brazos hacia mí
y el pensamiento hacia ella!
(Vuelve á cubrirse el rostro y á llorar, y en tanto que don Teodoro procura dirigirle en voz baja palabras de consuelo, don Ramón lleva aparte á Rafael, y le dice.)
RAMON. Mira; llora tu desvío;
(Señalando á Lucía.)
¡Piensa cuál será mi espanto
al contemplar ese llanto
que me aflige más que el mío!
Porque ella es mi Providencia,
alivio de mis dolores,
mi vida, un lazo de flores
que me liga á la existencia.
Ella es el único amor
que de mi edad templa el hielo,
y este amor es como el cielo,
que no puede ser mayor.
. . . .
Si despiertas los enojos
en su cándida ventura;
si ciegas con amargura
la alegría de sus ojos...
no te diré cuáles son
las intenciones que abrigo,
pero... será tu castigo
más grande que mi aflicción.
RAFAEL. ¡Sé cumplir con mi deber!
TEOD. Escucho un murmullo, y creo
que en la calle...
(Se asoma á la ventana de la derecha.)
¡Sí! ¿Qué veo?

ESCENA XII

DICHOS y CRIADO 2.°

(Aquí don Ramón debe subir hacia el foro; Rafael queda en el proscenio.)

CRIADO. (En el foro.) ¡Señorito!... Esa mujer
que hace un momento ha partido...

RAFAEL. ¡Pronto!... ¿qué?

CRIADO. Se ha desmayado
al salir...

RAFAEL. ¡Cómo!

CRIADO. ... Y ha dado
en tierra el niño, y se ha herido.

RAFAEL. ¡¡Hijo del alma!!

(Rafael desde el proscenio se dirige con rapidéz hasta el foro, donde le detiene don Ramón, cerrándole el paso.)

LUCIA. ¡Qné horror!

LUCIA. } ¡Su hijo!
TEOD. }

(Lucía cae desmayada sobre el sofá; don Teodoro la socorre.)

RAMON. ¡Tente!

RAFAEL. ¡Le he de ver!

RAMON. ¡Jamás! Ahora tu deber
es más grande que tu amor.

(Le coge de una mano y le señala á Lucía que estará desmayada en el sofá.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

La habitación muy humilde, su mueblaje muy pobre, pero dispuesto con delicadeza y aseo. En el balcón de la izquierda, que tendrá las hojas abiertas, macetas muy lozanas y cortinas muy blancas. Sobre una cómoda vetusta y grande, una urna con paredes de cristal y dentro de ella una imagen de la Virgen; fuera, y á su alrededor, algunas figuras de barro bien ordenadas. Esterada la casa con esterilla barata, y en un ángulo un reloj de pesas con cadenillas. Además de todos los detalles necesarios á la representación, aquellos otros que el cuadro reclame para su propiedad, á juicio del director de escena.

ESCENA PRIMERA

MIGUELÓN, LUISA é ISABEL aparecen por la primera puerta de la izquierda, despidiéndose de Isabel.

LUISA. Puedes ser afortunada
lejos de aquí. Ten valor.
MIG. Ella es joven, y el amor...
ISABEL. Del amor no espero nada.
LUISA. Adiós, hija. (La besa.)
ISABEL. Adiós.
LUISA. Recibe
la expresión de mi cariño.

ISABEL. Gracias.

MIG. Que se alivie el niño.

LUISA. Así que llegues, escribe.

(Isabel da algunos pasos acompañando á Luisa.)

No salgas; yo te lo ruego.

MIG. Adiós. (Le tiende la mano.)

ISABEL. ¡Adiós!

MIG. Cumpliré
su encargo; además iré
á la estación.

ISABEL. (Á Miguelón.) Hasta luégo.
¡Ah! (Medio mutis.)

LUISA. ¿Qué?

ISABEL. Díle á la portera,
á Gabriela, que la espero
de aquí á una hora, porque quiero
que me ayude.

(Mutis por la primera de la izquierda.)

LUISA. Bien, espera.

ESCENA II

MIGÜELÓN, LUISA y EUGENIO

EUG. Verdadero afán tenía
de hallar á ustedes. (Saludándoles.)

LUISA Y yo.

EUG. ¿Es cierto que sorprendió
su carta de usted Lucía?

LUISA. Precisamente.

EUG. Y... ¿qué pasa?
¿La visita Rafael?

LUISA. Sí señor, como Isabel
cuando huyó de aquella casa
se puso enferma, y su niño
también, Rafael procura,
pretextando la ternura
de su paternal cariño,
verla y venir...

MIG. ¡Mal pensada!

LUISA. ¡Yo!

MIG. ¿Por qué no ha de querer
á su hijo?
LUISA. No puede ser.
Su pasión... improvisada,
no la juzgo natural.
A su hijo no le conoce,
y el amor lo engendra el roce...
MIG. Pero el amor paternal...
LUISA. Es lo mismo.
EUG. ¿Y qué ha pasado
además?... porque yo ignoro...
LUISA. Nada, que don Teodoro...
MIG. (Aparte á Luisa, y tirándole del vestido.)
Cállate.
LUISA. (En voz alta y con despego á Miguelón.)
¿Por qué? (Á Eugenio.) Ha empleado
á mi esposo...
EUG. (Con exagerado asombro.) ¡Al sempiterno
socialista!
MIG. Hay que advertir...
EUG. ¡Conque ha llegado á admitir
un empleo del Gobierno!
MIG. A mis principios soy fiel,
á pesar de...
EUG. (Eugenio haciéndole burla) ¡Qué manía!
LUISA. Los principios que tenía
eran sólo para él,
mas ahora le hago ir en pos
de aquello que más conviene,
y los principios que hoy tiene
nos los comemos los dos.
MIG. (Muy exaltado.)
Las ideas que alimento...
los ideales que abrigo...
LUISA. Pues eso has de hacer conmigo,
darme calor y sustento;
que es en verdad triste cosa,
que no teniendo dos reales,
mantengas tus ideales
mientras que ayuna tu esposa.
EUG. ¡Bravo! (Riéndose.)
MIG. El empleo admití...

LUISA. No digas más desatinos.
MIG. No por móviles mezquinos,
únicamente por tí.
EUG. Sepamos, en conclusión,
qué ocurre... porque yo espero
influir...
MIG. (Aparte.) Este majadero
parece un juez de instrucción.
LUISA. (Á Eugenio.) Oiga usted; pero no diga
á nadie...
EUG. Bien; convenido.
LUISA. (Con cierto misterio.)
Isabel ha recibido
una carta de una amiga
de su madre; le propone
ir á Barcelona.
EUG. (En el mismo tono que ella.) ¿Sí?
LUISA. Dice que encontrará allí
labor, porque ella dispone
lo conveniente; de modo,
que hoy partirá en el correo.
EUG. ¿Rafael sabe?
LUISA. No... creo...
MIG. (Aparte y mal humorado.)
Este se lo dirá todo. (Por Eugenio.)
EUG. Pues si la sigue...
LUISA. Hará mal.
Ya es casado y le retiene
su deber.
MIG. Mas también tiene
la familia natural,
su derecho, su grandeza,
sus pasiones imperiosas...
LUISA. Como digas esas cosas
te echo un trasto á la cabeza.
MIG. Es madre.
LUISA. Su condición
maternal no me conmueve,
porque eso á Dios se lo debe
más que á la buena intención.
EUG. ¡Los muebles!...
LUISA. Los ha vendido,

ya vendrán...
EUG. ¿Y el equipaje?
LUISA. En la estación.
EUG. Este viaje
conviene.
LUISA. Me he despedido
ya de ella.
MIG. Yo le he brindado
mi protección.
LUISA. ¡Imprudente!
(Eugenio se sonríe al escuchar lo que dice Miguelón; les vuelve la espalda asomándose á una ventana.)
MIG. Quise emplear dignamente
el dinero mal ganado.
LUISA. Me exasperas.
MIG. ¿Negarás
que es noble?...
LUISA. Calla; me irritas.
(Miguelón retrocede algunos pasos y Luisa va tras él.)
Lo que ofreces, necesitas
que te lo den los demás.
Eres loco; ten sentido
común.
MIG. Fuerza es que confiese
tal falta; si le tuviese,
ya te hubiera... dividido.
EUG. ¿Discusiones? (Volviéndose.)
LUISA. Me encocora...
MIG. Yo digo...
LUISA. Calla, si puedes.
Adiós.
(Á Eugenio y llevándose por fuerza á Miguelón.)
EUG. ¿Dónde van ustedes?
MIG. Donde quiera mi señora. (Salen por el foro.)

ESCENA III

EUGENIO

Pierdo el distrito anhelado

como Rafael vaya en pos
de su amada. ¡Está de Dios
que no he de ser diputado!
¡Que yo no pueda lograr
la fortuna que á él le cupo!
á él, que es tonto, y que no supo
ni arraigarse ni medrar.
¡Quizás deje por su amada
todos los bienes que obtuvo!
¡Si este chico nunca tuvo
sentido común, ni nada!
Y el hombre torpe y negado
á quien un sabio apadrina,
es un huevo de gallina
por un águila incubado.
¿Qué importa que gozar pueda
tan soberbia incubación,
si al romper el cascarón
el pollo, pollo se queda?
....
Pero, él puede... y es preciso
que me sirva... Si se va,
no me ayuda... No se irá;
como lo proyecte, aviso
á su suegro. En el café
hay teléfono; al momento
en que descubra su intento
de partir, lo impediré.
No hay duda, que mi distrito
le persigo con ingenio.
—Tú harás gran carrera, Eugenio.
Eres un *Maquiavelito.*

ESCENA IV

EUGENIO y RAFAEL

EUG. (Á Rafael que aparece.)
Dijiste que no vendrías,
y al fin vienes.

RAFAEL. Un momento
y no más.

EUG. ¿Luego es tu intento
despedirte? (Pausa breve.)

RAFAEL. (Dudando.) Sí.

EUG. ¿Sabías
que hoy parte Isabel?

RAFAEL. ¡Qué! No.
¡Á dónde va! ¿Quién la obliga?...

EUG. ¿Tú no sabes que una amiga
de su madre le escribió
ayer?

RAFAEL. ¿Y qué?...

EUG. Le propone
vivir juntas.

RAFAEL. ¡Qué imprudencia!

EUG. Asegura su existencia.

RAFAEL. No sabe á lo que se expone.

EUG. ¿No vienes determinado
á abandonarla?

RAFAEL. (Dudando.) Á ella, sí...
á mi hijo, no. (Resuelto.)

EUG. Pero, dí,
¿aceptará de buen grado
separarse de él?

RAFAEL. Lo ignoro.

EUG. Entonces, ¿cuál es tu intento?

RAFAEL. ¡No aumentes mi sufrimiento
con preguntas!

EUG. ¡Lo deploro! (Pausa.)
Piensa que con tu partida
todo lo pierdes. Sé cuerdo.

RAFAEL. Si la abandono, ¿qué pierdo?

EUG. El amor... (Con menosprecio.)

RAFAEL. (Con pasión.) Eso es la vida. (Pausa.)
Ve á la Bolsa. Esto es dinero
en la plaza... Cámbialo.
Son cupones... Aquí yo,
hasta que vuelvas, espero.

EUG. (Los coge y revisa.)
¿Cuánto?

RAFAEL. Tres mil duros.

EUG. ¿Son
tus ahorros?

RAFAEL. Sí.
EUG. Tú no tienes
ni otros fondos ni otros bienes!
que la liberal pensión
de tu tío... Este arrebato...
RAFAEL. Acabemos de una vez.
EUG. Yo digo...
RAFAEL. Tu sensatéz
me vuelve más insensato.
(Le vuelve la espalda y Eugenio sale murmurando por la puerta del foro.)

ESCENA V

RAFAEL, después ISABEL

RAFAEL. (Pausa.) ¿Dónde me lleva el destino
que me da espanto llegar
y aunque no quiero avanzar
voy siguiendo mi camino?
(Aparece Isabel. Rafael se aproxima hacia ella.)
Escucha: ¿Es verdad que hoy tratas
de ausentarte?
ISABEL. Es verdad, sí.
RAFAEL. ¿Tan poco fías de mí
que tus planes me recatas?
ISABEL. Á nadie oculto...
RAFAEL. ¡Por Dios!
Basta de dudas. Partamos
hoy juntos. Así logramos
la ventura de los dos.
¿Qué te detiene?
ISABEL. Tu esposa.
RAFAEL. Si ella ve su dicha incierta
y mi pasión descubierta,
¿cómo he de hacerla dichosa?
¡Qué más! desde aquel instante
en que supo que tenía
fruto nuestro amor, Lucía
teme, como si la amante
fuera ella y tú la mujer.
ISABEL. ¡Ah!... (Pausa breve.)

La compadezco ahora.
RAFAEL. ¡Cuán triste y abrumadora
es mi existencia!... ¡Ofrecer
falsa pasión con cinismo;
no hallar paz ni horas serenas,
y á solas mirar mis penas
con desprecio de mí mismo!
ISABEL. Así espías la maldad
de tu codicioso intento.
RAFAEL. Pues bien; mi arrepentimiento
ya suplica tu piedad.
No prolongues mi agonía
que no se alivia con verte,
que amarte y no poseerte,
no es amarte, vida mía.
Cuerpo y alma la pasión
reclama del sér amado;
sin el alma, es el pecado;
sin el cuerpo... una ilusión.
ISABEL. (Procurando contener su emoción.)
Yo parto. Aquí no consigo
tranquilidad... Me cohibes
con tu amor, porque hoy no vives
ni con ella ni conmigo.
Ni aquí cumples los deberes
que reclaman tus pasiones,
ni en tu hogar las atenciones
(Pausa breve.)
de una esposa á quien no quieres.
No anhelo que en pos de mí
vayas; tampoco te exijo
que no vengas; porque mi hijo
es lazo que me une á tí.
Por mi parte has de quedar
libre, para que te entregues
á tí mismo, y por tí llegues,
á donde debas llegar.
. . . .
Para tí será mejor
no apartarte de Lucía.
RAFAEL. ¡Eso dices, vida mía!
ISABEL. (Haciendo un supremo esfuerzo, por el cual des-

cubra el público la violencia con que Isabel dice esta frase.)

Ya ves con cuánto valor... (Breve pausa.)

RAFAEL. ¿Me odias? (En voz alta y con temor.)

ISABEL. (Con prontitud.) No. (Pausa breve.)

RAFAEL. (Con pasión.) ¿Me amas? (Pausa.)
¿Qué esperas?

ISABEL. Mi silencio no te ofende;
además, él me defiende
mejor que tú; no le hieras.

ESCENA VI

DICHOS y EUGENIO

EUG. ¡Rafael! (Entra de prisa.)

RAFAEL. ¡Tan pronto! ¿Qué pasa?

EUG. Don Teodoro y don Ramón.
que llegan.

RAFAEL. ¡En qué ocasión!

ISABEL. ¡Esos hombres en mi casa!

EUG. Vete, pudieran hallarte...

RAFAEL. ¿Fuiste á la Bolsa?

EUG. No fuí;
al encontrarles, creí
más conveniente avisarte
del peligro.

RAFAEL. Dame, pues.
(Eugenio le da los cupones.)

EUG. Toma... cuenta...

RAFAEL. No es preciso.
Cuando entren me das aviso
al punto, que yo después
atajando por aquí,
(Señala una puerta de la derecha.)
hallo franca la salida.
(Eugenio hace mutis por el foro.)
(A Isabel.) Adiós, dispón tu partida
y ten confianza en mí.

ISABEL. Me sorprende la llegada
de esos dos hombres.

RAFAEL. Vendrán

á indagar...

ISABEL. Pues lo sabrán
todo. Yo no oculto nada.

RAFAEL. ¡Qué!

ISABEL. Yo cumplo mi deber,
á tí en libertad te dejo;
ni te llamo, ni te alejo;
tú sabrás lo que has de hacer.

RAFAEL. ¡Pero de este modo quieres
que impidan lo que yo intento!

ISABEL. (Con ironía.) ¿Habrá llegado el momento
de que sepa yo quién eres?

RAFAEL. Quizás imposibilitas
mis planes.

ISABEL. Puede que sea
cierto, si tu alma flaquea
cuando más la necesitas.

RAFAEL. No quieras herir con eso
mi amor propio; fuera en vano;
es más grande y más humano
el amor que te profeso.
Y no dudes, Isabel,
que por tí á todo me obligo.

ISABEL. Hoy me ausento.

RAFAEL. Y yo contigo.
Adiós. (Mutis, puerta lateral.)

ISABEL. ¡Adiós, Rafael!

EUG. (Bajando hasta el proscenio.)
Ya llegan.

ISABEL. Haga favor
de decirles que un instante
me aguarden.

EUG. Bien.
(Isabel hace mutis por otra puerta lateral.)

ESCENA VII

EUGENIO, DON RAMÓN y DON TEODORO

Aparecen por la puerta del foro.

EUG. Adelante.

TEOD. ¿Está en casa?

EUG. Sí señor.

RAMON. ¿Y Rafael?

EUG. Partió.

(Don Ramón se sienta aparte y permanece pensativo.)

TEOD. (Aproximándose hacia Eugenio.) Usted puede
ayudarnos con su ingenio
y su tacto; usted, Eugenio,
ya sabe lo que sucede...

EUG. (Con aire impertinente.)
Amigo mío, yo siento
que usted me busque algo tarde.
Y no es esto hacer alarde
de mi escaso valimiento.
(Ap.) La revancha.

TEOD. Lo deploro
por usted, porque hoy he hablado
de su asunto, y he logrado...

EUG. ¿Qué?... (Con gran interés.)

TEOD. (Con desdén.) Nada.

EUG. (Con la voz trémula.) ¡Don Teodoro!

TEOD. Usted se cierra el camino...

EUG. Pero... (Suplicándole.)

TEOD. (Con aire de protector.) Sea usted prudente,
y averigüe exactamente
los planes de mi sobrino;
y vuelva, que darle espero
una nueva.

EUG. ¿Grata? (Con alegría)

TEOD. Sí.

EUG. (Con aire de *pillín* le tiende la mano.)
Convenido.
(Aparte.) Le vencí.
Le manejo como quiero.

ESCENA VIII

DON TEODORO y DON RAMÓN

TEOD. Confía en mí.

RAMON. Bien me pesa

lo que de tí he confiado;
mira si estaré inclinado
á fiar en tu promesa.

TEOD. Luego ¿piensas que en mí cabe
tal maldad, que previendo
lo que hoy está sucediendo
te he inducido á error tan grave?
Si no es esto, dí, por Dios,
qué otro daño he cometido,
si no lo es haber querido
la ventura de los dos,
uniendo nuestra riqueza
y los seres más amados
para verlos escudados
contra duelos y pobreza.

RAMON. ¿Ves? La pasión eliminas,
la desdeñas; y por esto,
á Rafael has impuesto
tus opiniones mezquinas.

TEOD. Yo anhelaba redimir
á mi sobrino, elevarle
de su esfera, asegurarle
un nombre y un porvenir.

RAMON. ¿Por ventura, es más dichoso
con la sensatéz fingida
que tú le has dado? ¿Es la vida
ese material reposo
que al cuerpo sólo procura
placer, calma y opulencia;
que reduce la existencia
á vegetar con holgura;
que ve en la mujer un socio
que acrecienta los caudales
y en los frutos conyugales
accidentes del negocio?
Así miré con espanto
que á mis hijos les unía
no el amor, la cortesía
hipócrita, la que el llanto
represa y oculta el yerto
corazón de aquel hogar
que no puede sustentar

ni el amor ni el odio cierto.
Y al fin probó el arrebato
de Rafael, cual yo temía,
que le falta hipocresía
para ser hombre sensato.

TEOD. ¿Disculpas á Rafael
y me haces cargos á mí?

RAMON. Á los dos, primero á tí
que eres causa, luégo á él;
al cual es justo que exija
completa reparación,
de mi honra y de la aflicción
que causa á mi pobre hija.

TEOD. Basta ya, que no tolera
mi amistad, harto probada,
sin razón justificada
tu destemplanza altanera.
Como propios admití
tus pesares.

RAMON. En rigor,
eso ha sido lo peor
que has podido hacer por mí.

TEOD. Desde hoy queda desligada
de la tuya mi amistad.

RAMON. Es una felicidad,
aunque llegue retrasada.
Y vete ya, que rebosa
mi pecho en odio profundo.
Vete; esparce por el mundo
tu prudencia venenosa.

ESCENA IX

DICHOS y EUGENIO

TEOD. Mi cariño verdadero,
esto alcanza. (Aparte.)
(Cuando sube hacia el foro encuentra á Eugenio.)

EUG. Ya le hablé...

TEOD. ¡Qué me importa! (Procurando salir.)

EUG. (Cerrándole el paso.) ¡Cómo! ¡Qué!

TEOD. (Apartándole bruscamente.)

¡No sea usted majadero!
(Hace mutis don Teodoro.)

EUG. ¿Qué es esto? ¡Qué humillación!
Pues lo que es yo me desquito;
y si no me da el distrito,
me dará una explicacion.
(Mutis por el foro.)

ESCENA X

DON RAMON y después LUCÍA

RAMON. (Pausa.) Y aunque este amor vergonzoso
destruya, para Lucía,
¿qué consigo? ¿La alegría
del alma, ó sólo su esposo?...
(Aparece Lucía por la puerta del foro.)

LUCIA. Yo, por mí misma deseo
convencerme. ¿Podrá ser
tan infame esta mujer
que no me escuche?
(Avanza algunos pasos.)

RAMON. ¡Qué veo!
Este arrebato ya pasa
el límite. ¿Á qué has venido?

LUCIA. ¿No sabes que mi marido
vive más en esta casa
que en la suya?...

RAMON. Y tú, hija mia,
¿antepones tu impaciencia
otra vez, á la prudencia
de mis años?

LUCIA. No creía
hallarte...

RAMON. ¿Luego has supuesto
que tu cuidado olvidaba?

LUCIA. No, padre mío; me ahogaba
la ansiedad, y me he propuesto
ver á esta infelíz. Tú ignoras
cómo abruma aquel hogar
donde el eterno pesar

va prolongando las horas. (Llora.)

RAMON. Calma tu angustia cruel
y no te aflijas así.
(Ap.) ¡Nunca ha llorado por mí
como ahora llora por él!

LUCIA. ¿Vas á hablarla?

RAMON. Lo deseo,
y la aguardo.

LUCIA. Ofrécele
cuanto pida.

RAMON. Yo sabré...

LUCIA. ¡Por Rafael, cuanto poseo!

(Don Ramón, que por la ventana del primer término de la derecha, y sin aproximarse á ella ve la calle, observa que Rafael se aproxima.)

RAMON. Él se aproxima.

LUCIA. ¿Qué?

RAMON. Sí.
Mírale. (Se acerca á la ventana.)

LUCIA. ¡Y ha de encontrarme!

RAMON. ¿Cómo no?

LUCIA. Quiero ocultarme
á sus ojos.

RAMON. ¿Por qué? Di...

LUCIA. Porque si ve que le ostigo
con mis celos y mi amor,
en lugar de su favor
su menosprecio consigo.

RAMON. Pero, hija...

LUCIA. Si le proviene
enojo de mi presencia,
justifico en su conciencia
el desamor que me tiene.

RAMON. ¡Ah! ¿Por qué viniste?

LUCIA. Aquí
tal vez me pueda ocultar.
(Se dirige hacia una puerta de la derecha.)
Nadie. (Ap.) ¡Si pudiera hablar
con ella! (Se oculta.)

ESCENA XI

DON RAMON, RAFAEL y después ISABEL

RAMON. ¡Rafael!
RAFAEL. (Deteniéndose.) ¡Usted!
RAMON. Sí. (Pausa.)
¿Por qué tiemblas, Rafael,
si es tu proceder honrado?
Y si es indigno y malvado,
¿cómo persistes en él?
RAFAEL. No es pasión abominable
quien me guía, es la mujer
que he ofendido, es el deber,
es un hijo.
RAMON. (Yendo hacia él.) ¡Miserable!
(Aparece Isabel.)
ISABEL. ¡Qué! (Se reporta don Ramón.)
RAMON. Señora...
ISABEL. Caballero,
siento haberle hecho esperar.
Me convenía dejar
este cuidado el postrero:
que hoy me ausento.
RAMON. ¿Usted se ausenta
de la corte?
ISABEL. He de partir,
pues da este incierto vivir
á usted duelo y á mi afrenta.
RAMON. Gracias...
ISABEL. (Interrumpiéndole.) Oiga usted. No exijo
que él me siga. (Por Rafael.)
RAMON. Lo supongo.
ISABEL. Pero tampoco me opongo.
RAMON. ¡Cómo!
ISABEL. El es padre de mi hijo.
RAMON. ¡Ah! (Con ira.)
RAFAEL. ¡Dios mío! (Temeroso.)
ISABEL. Yo me alejo,
que á ello mi virtud me obliga;
pero el camino que él siga

á su conciencia lo dejo.

RAMON. ¡Qué duda cabe! Responde. (Á Rafael.)
habla... ¡Callas!

RAFAEL. (Dudando.) Por favor...

RAMON. Díme, si tienes valor,
lo que tu silencio esconde. (Pausa.)

RAFAEL. O por mi tío guiado,
ó débil... no sé por qué;
lo cierto es que me enlacé
á mujer que nunca he amado.

RAMON. ¡Miserable!

RAFAEL. Ese fué el grito
de mi propio corazón,
y ha sido mi expiación
más grande que mi delito.

. . . .

De mis soñados placeres
sólo ví su desencanto,
pero oculté mi quebranto,
para cumplir mis deberes.
Usted sabe que á Lucía
respeté, que me he ceñido
á sus gustos, que he medido
por la suya mi alegría.
Mas... la pobre consistencia
de este lazo, la desata
nuestro hijo, porque arrebata
en pos de sí mi existencia.
Si es infame que á Lucía
abandone, es más cruel
que huya de mi hijo, pues de él
debo ser amparo y guía.
Veo mi vida legal
sin frutos y sin calor;
con hijos y con amor
mi familia natural.
Y aunque á mi juicio es odiosa
esta pasión no bendita,
mi propia conciencia grita
que aun siendo injusta, es hermosa.

RAMON. ¡Por el hijo del pecado
das tu virtud al olvido!

RAFAEL. Si él me hubiera detenido,
no le hubiera abandonado.
ISABEL. ¡Ah! (Con satisfacción.)
RAMON. ¡Tu liviandad ahora
escudas con un deber!
RAFAEL. No...
RAMON. Pues lo vamos á ver.
Escúcheme usted, señora.
Usted no cede al amor
licencioso. Usted defiende
á Rafael porque pretende
que él le preste su favor
para su hijo.
ISABEL. Lo confieso
con lealtad.
RAMON. Usted procura
su bienestar, su ventura
nada más. ¿No es esto?
ISABEL. Es eso.
RAMON. Pues bien; mi yerno no puede
dar á su hijo lo que al hombre
dignifica.
ISABEL. ¿Cómo?...
RAMON. Un nombre.
Yo se le doy, si usted cede
á que viva confiado
en mi hogar á mi cariño.
Yo puedo hacer de ese niño
un hombre digno y honrado.
RAFAEL. ¡Cederá! (Aparte y con temor.)
RAMON. Déme la prueba
de lo que su pecho escónde;
y veamos quién responde,
si la madre ó la manceba.
ISABEL. ¡La madre, la madre solo!

....

Yo no quiero habilidades;
hasta en mis propias maldades,
si las cometo, no hay dolo.
Yo agradezco esa merced
que revela su grandeza,
y... la *inocente* nobleza

de su carácter de usted.
Pero, que abandone yo
al hijo del alma mía,
para que sea *Lucía*
su madre... ¡já, já!... no, no,
mil veces no.

RAFAEL. (Aparte.) Lo temí.

ISABEL. La madre responde ahora.

RAMON. ¡Y usted dice que le adora!

ISABEL. Por eso respondo así. (Breve pausa.)
Con su nombre y su caudal,
donativo vergonzoso,
¿será mi hijo más dichoso
que con mi amor maternal?
Á ver si el fausto y el nombre
y el lujo y todo, podría
dar á su hija la alegría
y el bienestar á ese hombre.
Tenga usted también presente
lo pasado. No se trata
de una mujer que arrebata
un marido indignamente.
Que mi reconciliación
con Rafael, si es violenta,
para mí no es una afrenta,
es una vindicación,

RAMON. ¿Y usted comparar pretende
mi familia y el honor
de mi hija, con ese amor
que la mancilla y la ofende?
¿Y tú, (Á Rafael.) piensas que mi hogar
es una vil mancebía
que después que á la hija mía
lograste, la has de dejar,
como aquel que se despoja
de algo transitorio y vano,
y que, alargando la mano,
con menosprecio lo arroja?...
El derecho represento
de la familia legal,
y el cariño paternal,
el más noble sentimiento.

Si el amor torpe y liviano
prefieres al verdadero,
si eres tan mal caballero,
tan miserable y villano...

RAFAEL. ¡Don Ramón!...

RAMON. Tengo derecho
á usar tan rudo lenguaje;
y para vengar mi ultraje
mucha energía en mi pecho.
Yo menosprecio tu amor
infame. Vengo á saber
si desoyes el deber,
y si eres hombre de honor
ó un miserable. Yo, en fin,
he venido á averiguar,
si me tendré qne manchar
con una sangre tan ruín.

RAFAEL. Basta ya; que mi altivéz
no respeta á quien me infama.

RAMON. Soy justo.
(Pausa. Rafael, inquieto, con la voz ahogada, breve y seca.)

RAFAEL. Usted me reclama,
apelando á mi *honradéz*,
en razón de que he firmado
un *contrato* conyugal.
¿No es esto? Pues soy leal
al deber; soy hombre honrado.

ISABEL. ¡Ah! (Aparte, con angustia.)

RAMON. (Aparte.) Por fin... (Pausa.)

RAFAEL. Yo me someto
á partir con mi mujer;
mas no le puedo ofrecer
mi *amor*, sino mi *respeto*.
Y aunque no venza la llama
interna de la pasión,
cumpliré la... *obligación*,
que un *contrato* me reclama,
viviendo desde este día...
como otros muchos. ¡Hay tantos
que ocultan hondos quebrantos
bajo aparente alegría!

De nuestra vida futura
son enseñanza y ejemplo.

RAMON. (Aparte, con amargura.)
¡Ah, Dios mío!

RAFAEL. Ya contemplo
la conyugal impostura
que lleva el engaño al labio
con la sonrisa fingida,
mientras deja el alma herida
con el odio y el agravio.
Tendremos proximidad
en los cuerpos, y el divorcio
en las almas. Un consorcio
con forzada voluntad.
Ella vivirá celosa
de mi pensamiento oculto,
creyendo ver el insulto
bajo la frase amorosa.
Yo sufriré el cautiverio
de esa vida conyugal,
que hasta en el lecho nupcial
sueña con el adulterio.
Y aunque el alma desespere
con la interior destemplanza,
tendremos una esperanza:
que nuestra farsa prospere.

RAMON. ¡Calla, infame!
(Se avalanza don Ramón hacia Rafael, pero Lucía, que aparece, le detiene con un grito.)

ESCENA XIII

DICHOS y LUCIA

LUCIA. (Saliendo.) ¡Padre mio!

RAFAEL ¡Ella!

ISABEL. ¡Aquí oculta!

RAMON. (Yendo hacia ella,) ¡Lucía!

LUCIA. ¡No puedo más!
(Apoyándose en los brazos de su padre.)

RAMON. ¡Hija mía!

LUCIA. ¡No es posible! ¡Desvarío!

RAFAEL. Escucha...
LUCIA. ¡Aparta! (Con profundo desdén.)
Á tal precio
nada exijo ni reclamo.
RAMON. ¡Hija de mi alma!
LUCIA. (Á su padre con íntima ternura.)
¡Yo amo
á tí sólo, á él le desprecio! (Á Rafael.)
En tanto que te escuchaba,
sentí nacer en mi pecho
algo feróz, que ha deshecho
el lazo que nos ligaba.
Mi alma por siempre de ti
has divorciado, Rafael. (Á Isabel.)
¡Mujer maldita! házle á él
todo el mal que me ha hecho á mí.
Mi odio, mi desdén te ofrezco, (A Rafael.)
y mi olvido... no, eso no.
ISABEL. (Ap.) Así le lloraba yo;
¡infelíz, la compadezco!
LUCIA. (Yendo con su padre hacia la puerta del foro.)
¡Vamos, vamos, padre mío!
(Rafael se aproxima á ellos dos.)
¡Aparta, infame! (Á Rafael.)
RAFAEL. (Dudando.) ¿Qué hacer?
LUCIA. (Con altivéz.) No, no quiero recoger
los despojos de tu hastío.
RAFAEL. No pienses, no, que hay maldad
en mi abandono; es, Lucía,
que mi alma se abre tardía
á la luz de la verdad.
Hoy excede mi dolor
al tuyo, porque me siento
morir de remordimiento
de que te mueras de amor.
Mas la vida conyugal
por la codicia pactada,
no es santa, aunque es consagrada,
ni es humana, aunque es legal.
LUCIA. (Ya en el foro con su padre.)
¡Basta!
RAFAEL. ¡Tu perdón!

RAMON. ¡Que aún creas
que puede darte perdón!

LUCIA. Vamos, padre.

RAFAEL. ¡Compasión
y piedad!

RAMON. (Á Rafael.) ¡Maldito seas!

(Isabel llora en un ángulo de la escena. Lucía reclina la frente sobre un hombro de su padre; éste extiende hacia Rafael la mano izquierda, y Rafael se arrodilla y junta las manos en actitud suplicante.)

FIN DEL DRAMA

AUMENTO AL CATÁLOGO DE 1.° DE JUNIO DE 1888.

COMEDIAS Y DRAMAS.

TÍTULOS.	ACTOS.	AUTORES.	Propiedad que corresponde.
Heridos y contusos	1	Sres. Larra y Gullón	Todo.
Leonor I de Aragón	1	Pedro Navarro	»
Olas de sangre	1	Manuel Izquierdo	»
Por un sombrero	1	J. Guijarro y F. Olona	»
Clown	3	José Fola	»
El molino del Cármen	3	José Fola	»
Lo sublime en lo vulgar	3	José Echegaray	»
Mar y cielo	3	E. Gaspar y A. Guimará	»
Teresa	3	José Fola	»

ZARZUELAS.

¡Aquello!	1	Tomás Gómez	M.
Certámen nacional	1	Perrin y Palacio	L.
Despacho parroquial	1	Tomás Calamita	1|2 M.
El golpe de gracia	1	Señá. Hurtado y Caballero	L. y 1|2 M.
En la plaza de Oriente	1	Cuevas	L.
Epílogo	1	Rojas, Ruiz y San José	L. y M.
La cruz blanca	1	Perrin y Pálacios	L.
La verdad desnuda	1	Arniches y Cantó	L.
Pepa, Pepe y Pepín	1	Rafael M. Liern	L.
Perder la pista	1	Luis Larra	L.
Plan de estudios	1	Calixto Navarro	1|2 L.
Por España	1	Varas, Rojas y San José	L. y M.
Quedarse in albis	1	Rafael Taboada	M.
Timos conyugales	1	Luis Arnedo	M.
El rey reina	2	M. E. Tormo y M. Nieto	L. y M.
Nanón	2	Olona, Ferrer y G. Taboada	L. y 1|2 M.
Una broma en Carnaval	2	Casademunt y Strauss	L. y M.
Sustos y enredos	3	Juan García Catalá	M.

PUNTOS DE VENTA

En casa de los corresponsales y principales librerías de España y Extranjero.

Pueden también hacerse los pedidos de ejemplares directamente al EDITOR, acompañando su importe en sellos de franqueo ó libranzas, sin cuyo requisito no serán servidos.